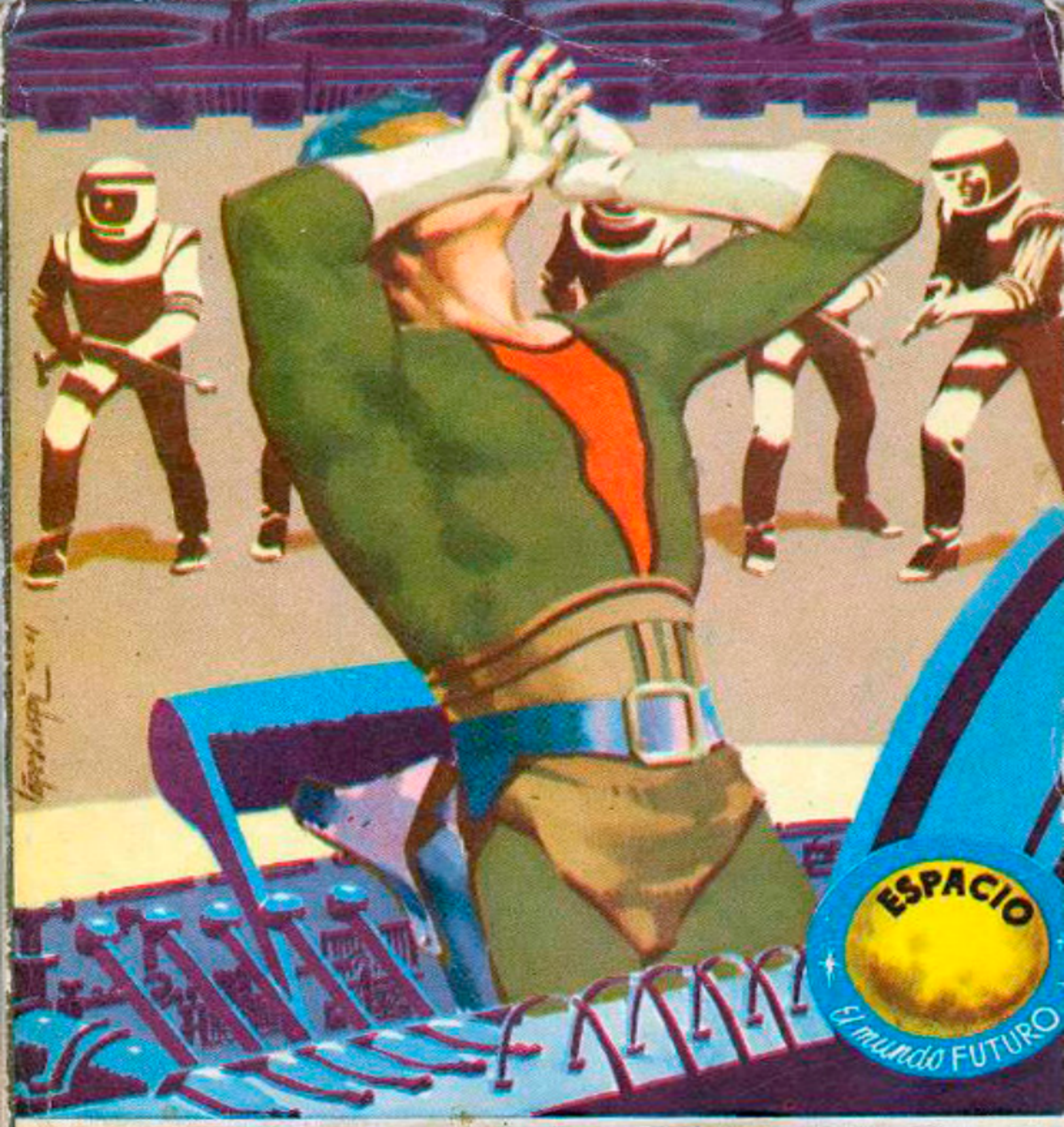


EXTRAÑA METRÒPOLI

JOHNNY GARLAND

Extaña metrópoli
Johnny Garland

Espacio el Mundo Futuro/270

CAPÍTULO I
EXPULSIÓN

Está resuelto, Kaor. Hay que expulsarle.
—Creo que, a pesar de todo, es una medida muy dura, Sandro.
—Es tu criterio. Pero no el nuestro. Y aquí, la mayoría es lo que cuenta, Kaor»
Recuérdalo.
—Pero ¿qué es lo que ha hecho concretamente ese hombre?
—No nos gusta su presencia aquí. Ha venido a implantar una nueva forma de vida, ha abierto los ojos a las gentes estúpidas e ignorantes y ha convertido esto en un difícil terreno para nuestros proyectos. Esto no puede continuar. La resolución está tomada. Sabemos que ha habido un voto en contra de la resolución. Evidentemente, fue tuyo, Kaor.
—No creo que sea ético revelar la votación y el nombre de los votantes...
—Está bien, no te preocupes, Kaor. No vamos a tomar represalias contra ti. Después de todo, perteneces a la Junta de Industria y Construcción de la ciudad. Eres uno de nosotros. Tienes derecho a opinar a tu modo. Pero también estás obligado a acatar la decisión final.
—Creo que no habrá otro remedio —suspiró Kaor, inclinando la cabeza--. Aunque sigo pensando que es una injusticia.
—Cuidado. Esa palabra puede ser peligrosa. Muy peligrosa, Kaor, si ciertas gentes lo oyen. Para todos, Nueva City es una localidad perfecta, bien organizada, con Ley, orden y regularidad en todo. Sería muy lamentable que alguien sospechara un día otra cosa y... nos trajese complicaciones,
Kaor enmudeció. Contempló lenta, largamente, a todos los hombres reunidos en torno de la mesa ovalada, de superficie negra, reluciente, como extrañas estatuas de rostro inexorable y pétreo. Ninguna de las miradas de aquel grupo de diez hombres omnipotentes en Nueva City reflejó la menor humanidad. Eran ojos duros, metálicos, fríos como su espíritu de financieros, de magnates, de capitalistas a ultranza, dominadores de toda una ciudad.
—De acuerdo —dijo lentamente. No hay objeción. Actuad conforme a So acordado. Es So justo...
Esta última palabra tuvo un leve tono irónico, amargo. Recogió su carpeta de documentos, la cerró lentamente y se encaminó a la salida. Aún tuvo tiempo

de oír las preguntas excitadas de algunos de los miembros de la Junta:
—¿Cuándo se inicia la acción contra ese hombre?
—¿Quién va a ocuparse de él? Es posible que se resista...
—No podemos provocar un escándalo. Debe hacerse todo en silencio, legalmente...
Y la respuesta tajante, firme, de Illio Sandro Gozzard, Presidente de la Junta de Industria y Construcción de Nueva City..., y a la vez su alcalde y hombre más prestigioso, fue:
—No hacen falta escándalos. Tenemos hombres silenciosos, capacitados para esos trabajos. Les aseguro que nuestro indeseable ciudadano estará mañana muy lejos de Nueva City..., tanto si quiere como si no. Y sin escándalos.

* * *

—¿Cansado?
—Sí, Kenneth, un poco. Creo que dejaremos esto ahora.
Después de todo, los experimentos no urgen tanto. Nueva City ha vivido sin el resultado de ellos durante años enteros. Creo que puede vivir unos días más.
—Yo, en cambio, creo que nos falta tiempo, señor.
—¿Eh? —El hombre se volvió hacia el muchacho que había hablado—. ¿Tiempo, dices? No te comprendo bien, Kenneth. Tenemos todo el tiempo por delante.
—No, hay algo en Nueva City que no marcha bien —replicó el muchacho, quitándose los guantes de amianto con que trabajaba —. Quizá sea por causa suya.
—¿Mía? ¿Por qué había de ser eso, Kenneth?
—Su trabajo, sus palabras, su actitud... resultan peligrosas aquí, señor.
—¿Por qué? —El joven, alto, enjuto, de aspecto débil y fatigado, de tez pálida, bajo los rubios cabellos crespos, y de ojos grises, cansados, que se protegían tras el grueso cristal de sus gafas, miró intrigado a su auxiliar, mientras desabotonaba con gesto maquinal su bata de sediplast—. No hago daño a nadie. Por el contrario, trato de ser útil a Nueva City, de demostrar a sus gentes que no deben pagar esos impuestos por el servicio de luz solar, tan fácil de concentrar hoy día para dar luz y calor. Que no deben aceptar las tarifas abusivas de los Plasticos de construcción, ya que los utilizados en las casas de Nueva City me parecen inferiores y muy débiles, sumamente peligrosos para edificios habitables, como para calles, puentes y carreteras. Estoy tratando de demostrarles en qué consiste la mala calidad de esos materiales y estoy intentando dar fortaleza a los materiales con un producto de mi invención. Por otro lado, puedo ofrecerles un nuevo sistema de concentración de energía solar urbana, para usos locales, mucho más económico y eficaz. ¿Eso puede significar peligro? ¿Para quién?
—Para los miembros de Industria y Construcción de Nueva City, que se lucran con esas granujadas en gran escala, que amasan millones y se dotan a sí

mismos de poder y autoridad --explicó el Joven Kenneth—. Y, por tanto, también resulta peligroso para usted.
—Sigo sin entenderte.
—Es muy fácil; tratarán de destruirlo.
—¿A mí? — rió, escéptico.
—Sí, señor» Usted es inteligente y decidido. Es honesto y ama a los demás por el solo hecho de ser bueno y noble. No quiere fuero. Ellos sí. ¿Recuerda la oferta que recibió, aquélla de hace dos semanas, cuando le ofrecieron dos millones de «créditos» y una residencia nueva en el Súper-Nivel, si usted detenía su labor y se asociaba a la Junta?
—Sí. Era una oferta vil y estúpida. La rechacé inmediatamente.
—Ahí empezó el peligro. Temo que intentarán algo mucho más drástico, en vista de que usted es insobornable, señor.
El joven delgado, de pálida piel y ojos cansados, suspiró, empezando a limpiar los cristales de sus gafas con un pañuelo.
—Te dejas llevar por la imaginación, Kenneth. Y eso es peligroso para cualquiera. Pero especialmente para quien quiere dedicarse a una rama cualquiera de la Ciencia. No puede uno tener imaginación, sino simplemente un frío y metódico cerebro. Anda, ve a casa. Yo recogeré esas cosas, entretanto.
Kenneth no dijo nada. Movió la cabeza pesaroso de no ser atendido por el joven débil e inteligente con quien trabajaba y, colgando su bata de trabajo, se encaminó a la salida de la modesta vivienda situada en la Avenida Siglo Veintiuno de! Nivel Bajo de Nueva City.
Un disco-transistor, aplicado al blanco muro de vitroplast, emitía música suave, tenue, de la emisora local. Después sonó la voz de un locutor y el joven dejó de sacar brillo a los cristales de sus gafas para prestar atención a lo que se decía:
—El honorable alcalde de Nueva City, filio Sandro, tiene el placer y el orgullo de anunciar a sus ciudadano que dentro de una semana y de acuerdo con lo resuelto por la Junta de Industria y Construcción en su día, el gran Nivel Central, con sus doce avenidas confluyentes y su Gran Plaza Elevada, auténtico alarde de ingeniería de nuestro siglo XXI, que convertiría a Mueva City en la auténtica capital ultramoderna del mundo, será inaugurado, abriéndose el paso a los ciudadanos, e iniciándose la venta y cesión de viviendas, comercios y toda clase de alojamientos allí situados, bajo el patrocinio exclusivo de la Junta de Industria y Construcción...
—¡No! —musitó el joven, asustado—. ¡No pueden hacer eso! ¡Sería como poner en peligro cientos de vidas, la ciudad entera! ¡Los Plasticos utilizados en Nueva City en los últimos diez años son defectuosos, corren peligro de hundirse con las trepidaciones o los pesos excesivos! ¡Ese nuevo barrio no resistirá! ¡Debo avisar a la gente, prevenir a todos!...
Se dirigió con rapidez hacia la puerta, avanzando a Sargas zancadas de sus piernas flexibles, largas y enjutas. Abrió la hoja deslizante de vitroplast para

salir al exterior.
No pudo hacerlo. Cuatro hombres se lo impedían, alineados en el porche semicircular de su vivienda, sobre el jardín artificial, iluminado con proyectores de luz solar, en la tibia tarde azulada, que lentamente iba oscureciendo, dando paso a la noche.
—¿Adónde va tan de prisa, señor investigador? —dijo uno burlonamente, cerrándole el paso sin rodeos.
—Por favor, caballeros, déjenme pasar —pidió el joven—. Necesito ver al alcalde, a! Consejo de la Ciudad, a los representantes de la emisora, a quienquiera que sea, para que me escuchen... ¡Esa Zona o Nivel Central no puede inaugurarse!
—¿No? ¿Y por qué, señor sabio? —rió uno de ellos, dándole un suave empellón que le lanzó contra el quicio de su puerta—. Ande, vamos adentro. Tenemos que hablar con usted, amigo.
—¡Ahora no! Tendrán tiempo en otra ocasión. Ahora yo debo...
—Sí, sí, ya lo hemos oído. Tiene que hacer su papel de buen chico. Ya tendrá tiempo no se preocupe. Antes, queremos hablar cotí usted. Y hablaremos. Usted es Alex Hawatt, ¿no es cierto?
—Sí... sí. Yo soy Alex Hawatt. Pero no puedo...
—Vamos, vamos, sea un muchacho obediente y no le pasará nada. —Otro empellón le metió en casa. Uno de aquellos cuatro extraños e inexpresivos personajes cerró la puerta, cuando todos hubieron entrado. Y, lo que resultaba más raro, ajustó el pestillo magnético, para asegurarse de que nadie entraría a destiempo..., ni nadie saldría de allí.
—Eh, ¿qué es lo que hacen? —se irritó Alex, empezando a perder su habitual serenidad—, ¿Qué pretenden ustedes con...?
—Le dije que se callara. Y si no lo hace le haré callar yo... ¡así! —y súbitamente @l más atlético, fornido y brutal de los cuatro visitantes, le descargó un mazazo bestial en pleno mentón, con los nudillos de su maciza mano derecha.
Alex era muy débil para un golpe así. Gimió, mientras crujía su mandíbula dañada, y cayó aparatosamente, derribando un mueble Plastico en su caída, con todo cuanto se sostenía sobre él, que se hizo añicos en el suelo bruñido de la estancia.
—¡Oh, no! —gimió Alex, revolviéndose en el suelo, ajeno incluso af dolor de su mentón, al hilo de sangre que surgía por la comisura de su labio cortado—. ¡Mis muestras de material Plastico blindado! ¡No pueden hacer eso!...
Las cristalizaciones depositadas en unas bandejas o platinas de celofana endurecida, que no eran sino formas en desarrollo, para Plasticos irrompibles en la construcción, bajo la acción de determinadas temperaturas, se quebraron al impacto en tierra, haciéndose simple polvillo vidrioso.
Era preciso salvar lo que se pudiera.
Alex, pugnó por tomar algún trozo aún milagrosamente indemne. Pero, súbitamente, unas recias y macizas botas se apoyaban en las cristalizaciones,

aplastándolas, triturándolas sin contemplaciones. Furioso estiró sus manos, rodeó unas piernas, pugnando por evitar el desastre, el vandalismo feroz emprendido contra él y contra su humilde obra.
Logró asir unas botas. Pero, en el acto aquellas mismas botas se dispararon contra su cara, una tras otra. El primer puntapié fe arrancó varios dientes o así se lo pareció, tal fue el dolor que le produjo y la sangre que fluyó entre sus labios, a bocanadas. El segundo impacto, alcanzó sus gafas, las arrancó de su rostro y las lanzó rebotando por el suelo.
Alex, privado de su mejor auxilio, gritó lastimosamente:
—¡Oh, no, no!... ¡Eso no! ¡Mis gafas, por el amor de Dios! ¡No veo apenas!...
Estiró las manos, buscándolas ciegamente. Creyó alcanzarlas. Las alcanzó, en realidad. Pero en el acto oyó el crujido de los vidrios al quebrarse. Captó, entre brumas, un tacón que presionaba los cristales hasta romperlos.
La furia, la desesperación y el afán de vengar tanta infamia, le prestaron unas energías de las que él habitualmente carecía. Se incorporó como un tigre y abalanzóse de cabeza sobre el autor de la vileza.
Le alcanzó en pleno estómago con el cabezazo. Le oyó jadear sin aliento, doblarse con una tos seca y rodar por el suelo, aún incapaz de respirar. Tampoco Alex sintió piedad. Le dio un rodillazo a ciegas y tuvo la suerte de alcanzarle en plena cara. Lo lanzó de espaldas, como un pelele inerte.
Pero había sido una suerte relativa. Los otros tres individuos, que habían contemplado sorprendidos lo que le sucedía a su compañero, se abalanzaron sobre Alex, rugiendo de ira, deteniendo incluso su tarea sistemática de destruir todo el estudio del joven investigador.
Alex se vio rodeado de puños por todas partes. Manos que le golpeaban brutalmente, pies que le pateaban con bestial sadismo... Rodó por el suelo, en un esfuerzo inútil por defenderse, por cubrirse de la horrible paliza.
No logró nada. Le machacaron el rostro, la cabeza, el cuerpo... Y se desvaneció, como una bendición, en medio del terrible y lacerante dolor que invadía todo su cuerpo.
Aún inconsciente, aplastado por el tremendo ataque de sus agresores, Alex siguió recibiendo golpes, siguió sufriendo sobre su cuerpo la feroz crueldad de los verdugos enviados para acabar con su resistencia moral y material.
—Ya basta —avisó uno de ellos—. Recordad que no debemos matarle. Bastará esto. Alex saldrá mañana de Nueva City. Vámonos ya.
Salieron lentamente de la estancia. Detrás, sangrante y tirado en el suelo, Alex Hawatt, el hombre que intentó ser honrado en una ciudad ultramoderna y hermosa, pero cruel y pervertida en el fondo, quedaba como, prueba de que, aún en aquel año 2170, el mundo aún era un complejo lugar, donde el mal seguía teniendo más fuerza que la honestidad, la rectitud y fa nobleza de espíritu.

* * *

—Lamentamos mucho el incidente de que ha sido víctima, señor Hawatt —dijo lentamente el jefe de Policía Local, Dabb Tyler, tendiéndole un estuche de Plástico—. Aquí tiene unas gafas, obsequio del Municipio. Pero, en lo sucesivo, no responderemos de lo que fe suceda. Siempre existen elementos incontrolados, gentes que cometen desmanes... Usted no es simpático a un gran elemento urbano. Será mejor que se marche.
—Pero ¿por qué? ¿Por qué debo irme? —protestó el hombre de rostro tumefacto, cubierto de esparadrapos y de señales sangrantes—. Yo no hago ningún mal, yo sólo pretendo demostrar...
—No nos interesa lo que pretenda demostrar... mientras no lo demuestre —replicó secamente el jefe Tyler—. Si irrita a los grandes financieros aún será peor. Hágame caso y márchese. Será mejor que lo haga por las buenas, muchacho. Nos evitará líos... y se los evitará usted también.
—¿Y si no me marchase? — replicó Alex, con repentina ira—. ¿Me expulsarían?
—Justamente —sonrió Tyler—. Tome su tarjeta, Hawatt. Tiene justamente doce horas para salir de Nueva City definitivamente o será castigado con un mes de prisión y la expulsión subsiguiente» Elija usted,
Alex Hawatt inclinó la cabeza. Dejó las gafas sobre el mostrador de fa oficina y con la tarjeta verde en la mano, se encaminó a la puerta.
—Está bien —asintió—. Veo que me han derrotado. Ya me marcho. Todo fue culpa mía. No supe ver la maldad, la cobardía, la ruindad de los seres que me rodeaban...
—Eh, Hawatt, se deja aquí sus gafas.
—No gracias» No acepto limosnas de nadie. Me compraré yo mismo otras, en cualquier establecimiento. Estoy seguro de que, si usara esas gafas, lo vería todo tan sucio y tan ruin como ustedes lo ven...
Abandonó la alta, blanca y cristalina torre destinada a oficinas gubernativas de Nueva City. Descendió luego por la rampa de plastcemento que bajaba, blanca y esplendorosa, hasta la vía central de Nueva City.
Mientras caminaba por la amplia calle, entre rectángulos de césped, jardines artificiales y pequeños estanques o piscinas de formas diversas, adaptadas a fa estructura y trazado de cada calle, advirtió que era seguido a distancia por dos hombres. No eran de los que le atacaron en su vivienda, pero se asemejaban bastante, según pudo juzgar después de adquirir unas gafas nuevas en un establecimiento de Metro Circle, no lejos de donde el Municipio pensaba inaugurar su obra urbana, aquel Nivel Central de enormes soportes de plastmetal, ascensores de vitroplast y rampas asfaltadas, blancas, que conducían a los vehículos hacia el superior nivel de la nueva zona a punto de inaugurarse.
Alex contempló con pesar aquella gran obra arquitectónica y urbana, que hubiese podido ser el orgullo de Nueva City..., de no ser porque en realidad los materiales eran pésimos y porque un día llegaría una hecatombe, que los culpables lamentarían oficialmente con actos de duelo, mientras sus arcas

privadas se habrían llenado de millones a costa del desastre. No era una vileza de nuevo estilo. Pero sí algo que Alex y otros idealistas como él habían llegado a considerar desterrado en la nueva era del mundo.
Nadie le oiría si gritaba. Nadie le haría caso si combatía aquella monstruosidad. El pueblo estaba ciego, siempre lo estaba para cosas así. Sólo veía lo externo, lo aparente.
Había perdido. Y, como él mismo reconociera, por propias culpas. Jamás debió confiar. Jamás debió pensar en la honestidad ajena. Era algo que aún escaseaba mucho entre los humanos, a pesar del tiempo transcurrido. Kenneth había tenido razón, después de todo. Era peligroso decir la verdad. La verdad es siempre peligrosa, en boca del honrado. Después de todo, es el único que se atreve a pronunciarla... Y es, por tanto, el único que estorba.
Echó a andar lentamente, hacia su casa. A hacer el equipaje, a recoger sus cosas de valor para partir de la ciudad adonde llegó con la idea de establecerse, de trabajar, de ser útil a los demás.
Pensar así había sido algo parecido a un delito. Ahora lo estaba pagando a muy alto precio. Le dolía el cuerpo, tenía el rostro marcado... y habían destruido sus pruebas y experimentos, su trabajo de meses, en apenas unos segundos.
Quizás habría en algún lugar sitios mejores que Nueva City. Sitios donde la dignidad humana significase algo todavía. Donde la perversidad y el egoísmo no dominasen, como únicos amos y señores.
Debía de existir en alguna parte una ciudad así. No sabía dónde, pero existiría... El aún tenía fe en ello, por lo menos.
Todo sería cuestión de buscarla. Y de encontrarla.

CAPÍTULO II
EL METEORO PÚRPURA

El monoraíl elevado partía de Nueva City con intermitencias de cuatro horas. Alex Hawatt tomó uno de ellos. Vencido, abatido, sin demasiadas esperanzas en nada ni en nadie.
Cierto que Elma estuvo en la estación. Pero era una Elma indiferente, fría y como arrepentida de su impulso de haberse enamorado de él.
Elma era rubia, esbelta y sensible, como a Alex le gustaban las mujeres. Había creído hallar espíritu en ella, al conocerla, cuando acababa de pisar por vez primera la ciudad. Luego, cuando supo que Elma era rica y mimada por muchos hombres de gran posición en Nueva City, siguió pensando igual. Y ahí estuvo su error.
Ella continuaba siendo la mujer mimada y caprichosa que todos conocían, la hija de un rico industrial que, a la vez, era miembro de la Junta de Industria y Construcción, la misma que le condenaba ahora al destierro de la nueva

superciudad, la primera gran urbe ultramoderna, creada después de la Federación Continental de 1998.
Pero Alex Hawatt, pese a todo, tenía algo especial, algo que los demás habitantes de la gran urbe no poseían: inteligencia, sensibilidad, So que fuese. Y ello captó la atención «snob» de la joven. Por eso el idilio continuó, le hizo concebir falsas esperanzas al gran soñador que era Alex.
Ahora, en la hora negra del fracaso, de la derrota, de la expulsión inicua, con apariencias legales, Elma demostraba lo que realmente era, la clase de mujer que habla sido siempre, la misma que, tal como le advirtieran a Alex, seguía siendo en el fondo.
—Ten ánimos, querido —había dicho glacialmente, al verle avanzar hacia el vagón del monoraíl que le llevaría lejos de allí—. Yo hablaré a papá, procuraré ayudarte... Volverás aquí, no te preocupes.
—Sí, Elma —afirmó Alex—. Es posible que vuelva. Es más, lucharé por volver aquí. Pero, el día que lo haga, no será para que me expulsen y me abofeteen como a un niño. Será para que toda la gentuza de esta ciudad pague sus ruindades. Y tu padre estará entre ellos, Elma.
Ella había retrocedido, palideciendo ante la ofensa directa. Luego, su faz dulce se transfiguró. Demostró ser lo que realmente era. Con ojos flameantes, señaló hacía el blanco tren oruga, colgando sobre el único raíl de su ruta, y dijo virulenta:
—No admito insultos a papá, Alex. Y menos de ti que, al fin y al cabo, eres un fracaso, un indeseable a quien expulsan. Quise fingirte un cariño, una ternura que te aliviase en tu dolor actual. Veo que me equivoqué.
Alex sonrió fríamente, mirándola con ojos impenetrables. Asintió.
—Sí —dijo—. Te equivocaste, Elma. De medio a medio. Yo no admito esa clase de caridades. Y menos de vosotros. Ahora demuestras ser la que realmente se esconde tras esa capa de fingida bondad. Me marcho mucho más tranquilo, más sereno y más complacido, ahora que sé que en esta ciudad ni siquiera tú merecías la pena.
Dio media vuelta enérgicamente, se encaminó al tren y subió al estribo para entrar en el vagón. Allí, le detuvo una voz suave, amistosa:
—Un momento, Hawatt. Deseo que tenga un buen viaje. Sinceramente, amigo.
Alex se volvió, sorprendido. Se encontró frente a un hombre alto, enjuto, de piel broncínea y nobles ojos azules, erguido junto al tren. Vestía impecablemente y su porte tenía algo de aristocrático. Alex lo miró, perplejo.
—Temo no entenderle, señor… —musitó—. ¿Nos conocemos usted y yo?
—No. Yo solamente le conocía de referencias —dijo el otro—. Mi nombre es Kaor, Silas Kaor. Pertenezco a la misma Junta que le ha hecho expulsar de Nueva City..., pero yo voté en contra. Fui el único. Lamento que no me siguiera nadie, Hawatt.
Alex sonrió y le tendió su mano cordialmente. El otro se la estrechó.
—A pesar de todo, eso carece de importancia real frente a su acción —dijo

Alex—. Gracias, señor Kaor. Gracias... por siempre» Usted es el único ser digno y limpio que he encontrado en Nueva City. Tenga cuidado con la ponzoña de sus conciudadanos.
De nuevo presionó su mano. Luego, subió al monoraíl. Este emitió un sonido largo, ululante, la señal de partir.
Cuando arrancó de Nueva City, Elma inclinó los ojos hacia el suelo, como avergonzada de sí misma. Y de muchas cosas más. Se alejó hacia la salida de la gran estación, en tanto el monoraíl se perdía en la distancia, convertido en un simple puntito blanco, fulgurante.
Kaor también mantuvo su mirada en él, mientras se alejaba. Luego, con calma, emprendió la marcha hacia el interior de la ciudad.
Desde un lugar que él no dominaba, tras una amplia cristalera, en la última planta de la gran estación, un grupo de grandes financieros, miembros todos del Alto Consejo de 1a Junta de Industria y Construcción, asistían a la marcha del monoraíl. Y también vigilaban muy estrechamente los pasos lentos, fatigados, de su compañero Kaor.
—Es un traidor a nuestra causa —dijo alguien con malicia.
Los demás asintieron con un murmullo, como de buitres auténticos, coreando la opinión de un ave de rapiña de su grupo.
—Sí, Kaor es un peligro —aceptó Illio Sandro, Presidente de la Junta, frotándose la barbilla con lento aire reflexivo—. Habrá que ir pensando en una forma «elegante» y segura de... de que cause baja en nuestra Junta.
—¿Por renuncia propia? —sonrió uno de los financieros.
—Mi querido amigo, creo que me he expresado bastante bien —sonrió Sandro, malignamente—. Kaor nunca renunciaría al cargo. Creo que el mejor sistema es... que muera. De enfermedad desconocida o de accidente. ¿Qué opinan ustedes, señores?
—Una medida muy razonable. Y prudente —asintió, impasible, Thor Karny, precisamente el padre de la dulce Elma Karny, que ahora abandonaba la Estación Internacional.
Los demás buitres humanos asintieron con simples movimientos de cabeza.

* * *

Alex Hawatt contempló la campiña verde y frondosa, por encima de la cual viajaba el monoraíl. Los nuevos sistemas de riego y producción agrícola en todos los países, habían dado una nueva fisonomía a todos los lugares de la Tierra. Aquélla era una buena época. Y lo hubiera sido mejor, a juicio de Alex, de no ser por gentes como las de Nueva City, que representaban el mal, la codicia, el engaño... Los enemigos del hombre, tan viejos como éste mismo, sobre la faz del mundo.
Pensativamente, echó la cabeza atrás, dejándola reposar en el respaldo de su asiento» No quería recordar nada de lo que quedaba detrás suyo, allá en Nueva City, como una pesadilla de infamias y de vilezas sin fin. Le habían

golpeado, le habían causado daños físicos y morales muy profundos, le habían arrojado de allí como si él fuese un delincuente,
Alex se iba lejos, muy lejos de Nueva City. Adonde pudiera rehacerse del descalabro sufrido, donde encontrara trabajo para reponer los ahorros gastados durante su estancia en Nueva City, investigando sobre materiales de construcción y sistemas de condensación de energía y luz solares.
En la Costa Oeste había siempre oportunidades. Viejas ciudades y nuevas urbes, ofreciendo amplias posibilidades de trabajo a la gente bien preparada. Alex no temía nada por ese lado. Sólo sentía ira, la ira impotente de su fracaso. Porque significaría, quizá, infinidad de víctimas en el futuro. Y ésas sí contaban en la conciencia de cualquier hombre honrado.
Contempló el cielo, de un tono oscuro sobre la campiña, ahora salpicada de lomas y de boscajes. Sabía que allá, algo más lejos de la hilera de colinas que ondulaban en el horizonte Oeste, se hallaba la ciudad inmediata, aquella donde tenía que cambiar de medio de transporte, abandonar el monoraíl y tomar billete para alguno de los aerovías de línea regular que le condujesen a Los Angeles, a San Francisco o a Pacífico Town.
No recordaba cómo se llamaba aquella ciudad. Era Crystal City o algo parecido. Un nombre muy del día. Quizá fuese Plastic City, él no estaba seguro. Pero sí significaba modernismo, urbanización siglo XXI y todo eso.
Tenía tiempo, unas pocas horas para aguardar el enlace del aerovía. Según su horario, aquel aerovía saldría a las once de la noche. Y el monoraíl no llegaría a la estación correspondiente después de las ocho. Eran tres horas, aproximadamente. Tres horas durante las cuales Alex no sabía qué era lo que iba a hacer para matar el ocio. Quizá pasear, quizá reflexionar. Y procurar no pensar en muchas cosas. En Nueva City, en Elma, en todo lo que significase un motivo de angustia, de decepción, de amargura... Debía olvidar todo aquello. Olvidarlo definitivamente, de una vez.
Parpadeó. Algo le dañaba los ojos. Creyó que era el reflejo de la luz de su departamento sobre la esfera cristalina de su reloj. Pero no era eso. Desvió el brazo y, aún así, continuó parpadeando, molesto por un fulgor hiriente.
Desvió la cabeza y miró al exterior oscuro y silencioso.
Y entonces lo vio»
Era una luz centelleante, deslumbradora, de un vivo tono púrpura. Venía por el cielo, como si fuese un cometa o algo parecido, despidiendo tras de su núcleo o círculo principal una estela quizá gaseosa, quizá sólida, de luminosidad variable. Lo que hería las pupilas era aquel núcleo central, de un púrpura llameante, violento, que le hizo cerrar los ojos, deslumbrado, mientras toda la campiña se inundaba de lívida luz color púrpura. Sintió que Se invadía una vaga y dulzona somnolencia.
Cuando logró mirar con cierta firmeza hacia la mancha de luz en el cielo, fue gracias a una contracción de sus pupilas, entre los párpados entornados. Siguió el curso parabólico de la marcha circular de luz purpúrea, por encima del campo, de las colinas, en dirección al Oeste. Dejó atrás, muy atrás, al

monoraíl y se hundió tras las colinas del horizonte con un último ramalazo de luz que, como lluvia pulverizada de un violeta rojizo, se mantuvo unos instantes, flotando por encima de las colinas, y se diluyó luego sin dejar rastro. Quedó sólo el cielo oscuro, denso, donde apenas si eran visibles los astros, por contraste de su luz tenue con la luminosidad violenta de aquel cometa, asteroide, globo o lo que fuese.
Alex no era un experto en cuerpos celestes, naturales o artificiales. Y en la Era moderna existían muchos satélites, naves espaciales, aerocohetes y toda clase de ingenios creados por el hombre, para la conquista del espacio. Últimamentee había oído hablar de un vuelo a Marte, a partir de la Luna, proyecto espacial en el que todos los estados de la Federación Mundial estaban interesados y colaboraban entusiásticamente.
Pero aquello no parecía una nave espacial..,, a no ser que se hubiera incendiado en la fricción con la atmósfera terrestre, en un fracaso espectacular y mortal Alex entendía poco de todo aquello, pero lo cierto era que sabía lo suficiente para tener un criterio propio de ciertos fenómenos.
Quizá, después de todo, un cometa había pasado muy cerca de la superficie terrestre. 0 un meteoro de color púrpura, un extraño cuerpo espacial, luminoso, que cruzó el cielo ante sus ojos para desintegrarse en algún lugar del espacio mismo de donde venía, después de haber visitado la masa atmosférica de la Tierra.
Cualquiera de esas cosas podía ser. Alex Hawatt olvidó pronto el incidente, pese a su espectacularidad. No volvió a acordarse del meteoro púrpura.
Al menos, no de momento.

CAPÍTULO III
«PLASTIC CITY»

Estamos llegando, señor —informó el empleado de color del monoraíl, asomando en la puerta del departamento—. Este tren se detiene solamente un minuto en Plastic City. ¿Quiere billete combinado para algún aerovía de esa ciudad?
—Sí, quiero ir a Los Angeles —pidió Alex—. ¿Dónde puedo adquirir el billete?
—Nosotros mismos lo servimos, si se nos solicita —sonrió el negrito—. Así, se ahorra complicaciones de todo tipo. Puede tomar un turbotaxi en la salida de la estación de Monoraíles, y partir hacia la Estación Urbana de aerovías, donde hay restaurante, hotel, cinematógrafo y televisión, para pasar el período de espera entre un transporte y otro. Todo está preparado para la comodidad del viajero.
—Bien. Pues déme billete hasta Los Angeles —pidió Alex.
—Aquí lo tiene, señor —el negro se lo tendió—. Prepare su equipaje. Recuerde que el monoraíl nunca para más de un minuto en la estación. El

importe del billete hasta Los Angeles es de doscientos doce «créditos».
Alex pagó. Luego guardó la cartulina rosada con la indicación del recorrido hasta Los Angeles, y se incorporó, preparando sus dos maletas, en tanto el funcionario del monoraíl se alejaba por el pasillo del vagón.
Las colinas estaban ya ante él. Un momento después, el monoraíl se deslizó vertiginosamente por encima de las mismas, en dirección a la inmediata estación de Plastic City.

* * *

El monoraíl se detuvo. Alex abrió la puerta deslizante del vagón y descendió los dos peldaños del estribo, con una de sus maletas. Desde el suelo blanco, Plástico y brillante del andén semicircular, bajo un alero audaz y esplendoroso, en cristal Plástico, tomó la segunda maleta, que alineó junto a la otra.
Miró a todo lo largo del andén. Como siempre sucedía en los nuevos transportes, no había ninguna persona en la estación, atendida toda ella por servicios robot o sistemas automáticos.
Eso hacía que el lugar apareciese solitario, inhóspito. Pero era algo a lo que Alex estaba habituado. No le causó la menor sorpresa. Luego, tomó sus maletas con dificultad, porque la del material de su trabajo de investigación era muy pesada, y echó a andar por el blanco e impecable andén.
Alcanzó la salida de la estación, formada por una banda deslizante, de Plástico magnético, y subió en ella con su equipaje, siendo trasladado así al exterior automáticamente.
La parte externa de la estación la formaba algo que Alex no había esperado hallar: Una pronunciada rampa, elevándose hasta up nivel de altura superior a la de la estación. Plastic City estaba sobre una loma o meseta plana, elevada. La ruta bordeada de árboles que, sin duda por coloración artificial tenían hojas de tono azulino, ascendía en suave rampa. No se veían, desde luego, coches de ninguna especie, ni turbotaxis ni personas a pie o sobre ruedas.
El silencio y la quietud del andén continuaba dentro de la ciudad. Era raro. No le parecía una hora excesivamente anómala para que una población se retirase a descansar. Probablemente Plastic City fuera un fugar de costumbres muy recatadas a pesar de todo.
Lo que Alex ignoraba era que se alzase en una elevación. Los edificios eran bajos, ciertamente, tal y como oyera decir. La edificación Plástica, en muchas ciudades, adquiría proporciones desmesuradas. Confortaba la vista la sobriedad arquitectónica de lugares como Plastic City, que no por ello sufrían merma en su belleza urbanística.
Por el contrario, a medida que subía con sus maletas por la blanca rampa ascendente, las líneas sencillas pero bellísimas de la ciudad le llenaron de pasmo. Aquello era una obra asombrosa de arquitectura, un trazado admirable y lineal de edificios, bloques, plazas y calles. El sueño de un gran arquitecto

parecía plasmado en aquella urbe modélica.
Asombrado, Alex continuó adelante, diciéndose que parecía increíble que Plastic City no tuviera más fama, no fuese difundida la línea fantástica, armoniosa, de sus edificios sin igual, edificados todos ellos, al parecer, en un Plástico de construcción, de brillantes tonos violáceos, matizados y diversos.
Las luces, procedentes de globos de luminiscencia púrpura, daban un aire irreal y delicado a la hermosa urbe. Alex llegó a su entrada y comenzó a caminar por entre los edificios silenciosos, callados como el resto de la ciudad que hasta entonces le había sido dado ver.
—Cielos... —musitó—. Pero ¿qué sucede aquí?
No esperaba, naturalmente, que nadie Se respondiera. Pero su propio murmullo, en el silencio quieto, singular, de la ciudad visitada, le llenó de inquietud. Por primera vez miró en torno con cierto recelo, a pesar de la luz, difundida por un igual, sin rincones de sombra, sin zonas lúgubres o sospechosas a pesar de que las fachadas violáceas poseían un aspecto pulcro, límpido, lineal hasta un estilo funcional casi puro.
Nada de ello podía ser particularmente temible. Nada hacía presagiar la existencia de un riesgo. Pero el silencio, la soledad de calles, de plazas, de edificios, la carencia total de ruidos, voces, pasos o rastros de una presencia humana, era capaz de crispar los nervios más enteros. Y esos no eran, ciertamente, los de Alex.
—¡Eh! —llamó-. ¿No contesta nadie?
Su voz hizo mil ecos, se prolongó por las calles, iluminadas pero silentes. Rebotó en los muros Plásticos, como podía haberlo hecho en una habitación vacía. Hasta el último eco, alargado en la distancia, pareció burlarse de él y de su curiosidad insatisfecha.
Una voz, un ruido cualquiera, hubiese bastado para calmarle. Pero no oyó nada. Tras la pregunta vociferada en medio de la calle de amplia calzada gris, tersa y lustrosa, de anchas aceras, de edificios de dos o tres plantas, increíblemente bellos, le pareció estar aún más solo, más hundido en aquel silencio inexplicable de Plastic City.
Siguió adelante, aunque dirigiendo en torno miradas de recelo, de angustia casi. Todo tiene su límite. Y aquello, a primera hora de la noche, era ilógico en cualquier lugar del mundo. Aunque la gente se hubiese retirado a descansar, ¿no habría quedado alguien en las calles, no existía alguna persona fuera de casa? Un vigilante, un noctámbulo, un policía..., incluso un ladrón.
Casi sintió deseos de partir, de abandonar aquel lugar, de marcharse lo más lejos posible. Pero eso no era fácil ahora. El monoraíl se había marchado. El aerovía no tenía su paso por Plastic City, hacia California, hasta cerca de la medianoche. Estaba aislado en la ciudad. Una ciudad en la que, al parecer, no había vehículos. Ni seres.
Algo acudió a su mente. Era una idea, claro. Una simple teoría. En la antigüedad, los habitantes de ciudades afectadas por una peste, por una dolencia epidémica cualquiera, la abandonaban, huían tejos de ella, para evitar

el contagio.
¿Era ése el caso de Plastic City?
No. Evidentemente, no. Si lo hubiera sido..., hubiese encontrado cadáveres, al menos. Y allí no había ni eso.
Bien, buscaría la estación del aerovía. Le dijeron que allí había restaurante, bar, hotel. Podría esperar el paso de su vehículo. Recordaba las señas, pero las leyó en el billete rosa, por si acaso:
Aerovía internacional Co. Estación de Plastic City. Place Doce.
Buscaría la Plaza Doce. En una ciudad de calles numeradas, no hay pérdida posible.
Avanzó hacia la entrada de una calle, miró a la fachada del primer edificio, donde debía emerger el luminoso circular con el número correspondiente, de acuerdo con las vigentes disposiciones internacionales.
Pero allí no había nada.
Ni luminoso circular, ni número, ni indicador alguno.
Se volvió, asombrado, buscando con la mirada en torno suyo. Estaba en medio de una plaza exagonal. Contempló, una por una, en rápida sucesión, las seis calles confluyentes. Ni un solo número, ni un indicador...
Aquella ciudad no tenía anuncios, rótulos,.., no tenía letras ni cifras en ninguna parte.
— ¡Oh, Dios mío, yo voy a enloquecer! —jadeó—. Si la ciudad no posee rótulos, es que... es que tampoco tiene tiendas, establecimientos..., ¡nada!
Otra mirada circular, ahora en la calle donde entrara, le reveló que tampoco existían escaparates, ni muestras, ni puertas de establecimientos. En suma, todas las casas eran iguales.
Era inútil hacerse preguntas. No hallaría la respuesta a ninguna. Y menos aún quedándose allí, petrificado, apoyado en un muro, asustado de lo que le rodeaba.
Hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta de fibroplast y se movió lentamente, con la cabeza entre los hombros, caída sobre el pecho, como un hombre anonadado por algo demasiado asombroso e inexplicable para su entendimiento.
Volvió a la plaza exágono con paso cansado. Y transpiraba de tal modo que el sudor goteaba de su frente, cayendo sobre los cristales de sus gafas y dificultándole la visión.
Se paró, buscó nerviosamente su pañuelo, limpió los cristales y volvió a ajustarse las gafas. Regresó hacia la plaza, en busca de sus maletas, en un nuevo empeño por localizar del modo que fuese el paradero de la estación del aerovía. Todo antes que quedarse quieto, perdido en una ciudad pasmosa, desierta y sumida en un silencio casi alucinante.
Le esperaba una nueva sorpresa, quizá mayor que todas las anteriores.
Fue cuando avanzó hacia la acera donde dejara sus maletas, para recogerlas. Miró atónito, sin dar crédito a sus ojos.
¡Las maletas habían desaparecido!

* * *

Las maletas... Solamente la acera vacía, desierta, sin huellas, en el lugar donde él sabía muy bien que las había dejado anteriormente.

— No... no... —jadeó, oprimiéndose las sienes con ambas manos—. Sería... sería demasiado. Esto no puede ser...

La desaparición podía ser increíble, podía resultar inquietante..., pero en cierto modo, a Alex fe confortó. Eso indicaba que alguien las había cogido. Por lo tanto, había alguien en aquella ciudad aparentemente muerta, sin voces ni sonidos, sin rótulos, sin indicadores, sin establecimientos comerciales, sin aspecto real alguno.

Pero ese alguien, ¿dónde estaba? ¿Por qué se ocultaba?

Corrió hasta el final de una manzana. Miró a un extremo y otro de la larga vía sin aparente final, con edificios violáceos a un lado y otro, inerte y vacía como las calles de un cementerio. Como tumbas. Así eran aquellas casas sin luz, sin vida humana.

Se detuvo en su carrera al final de la calle. Un muro le cerraba allí el paso. Una tapia o valla de plastcemento, tras la cual se alzaban los pabellones de una fábrica o algo similar. Enfurecido, desesperado, se apoyó de cabeza en el muro, golpeó su superficie lisa con ambos puños, rabiosamente. Como si ella tuviera culpa de algo, como si de allí pudiera sacar en limpio qué clase de enigma alucinante guardaba la ciudad misteriosa, la metrópoli extraña en que se encontraba encerrado, como un ratoncillo en la ratonera más helada y sorprendente que cabía imaginarse.

Fue algo repentino, algo súbito, que rasgó sus tímpanos, que le hirió los oídos, con brusquedad sorprendente.

—¡Música... ¡Música!

Una melodía vibrante, epiléptica un ritmo de música negroide, estremecida, sensual. Penetró en sus tímpanos con una brusquedad casi hiriente, de embriagadora intensidad. Primero fue una larga, estridente nota de un blues, terminado en un cálido tono grave, que se fundió con la melodía lánguida, cadenciosa, llevada a ritmo entre perezoso y frenético, con un raro sentido de la medida.

Era una prodigiosa interpretación de jazz. Un viejo estilo de mediados del siglo XX, que por un raro capricho se había mantenido entre los aficionados. Y uno de los pocos amantes de tal género musical era precisamente él. Aquella línea rítmica y melódica era su favorita precisamente.

Se volvió despacio, intrigado por el sonido que, como un brusco estallido de vida y de color, rompía el silencio helado de la extraña ciudad. Parpadeó, sin dar crédito a sus ojos, miró las calles, aquellas calles poco antes silenciosas, desiertas, calladas, como vías funerarias, orladas de panteones.

—¡Oh, no... no! —jadeó, echándose atrás, pegando sus espaldas al muro, parpadeando, frotándose los ojos casi con rabia, sin dar crédito alguno a lo

que veía—. ¡Esto... esto no puede ocurrir!
Pero sabía que se engañaba a sí mismo. Ignoraba cómo ni por qué, pero se engañaba. Aquello estaba sucediendo. Y él era testigo vivo, él veía con sus propios ojos algo que nadie le hubiera podido hacer creer, por mucho que lo jurase.
La calle desierta, silenciosa, los edificios oscuros, las viviendas calladas, la ausencia de letreros, de rótulos, de establecimientos, de indicadores urbanos... Todo, absolutamente todo, estaba aún impreso en su mente. Era una imagen demasiado anormal para olvidarla, El nunca había visto una ciudad como aquélla...
Y, de repente, todo era distinto.
La música primero. Ahora, ante sus ojos dilatados, incrédulos, llenos de horror, la calle era una auténtica orgía de luz, de parpadeantes letreros deslumbradores, con nombres di» versos, confusos, entrecruzados en una luminosa amalgama que se apagaba o encendía espasmódicamente, con una borrachera de colores:
«Joe's Bar», «Nigth-Club», «Negroes-Dancing», «Blues Boite», «Snack Bar», «Cocktail Place», «Marfin's Club», «Club 700», «Dancing Palace», «Eldorado»...
Todo aquello era como si la ciudad entera viviese del vicio. Casi una puerta por otra, era un local nocturno, su puerta abierta o cerrada derramaba luz al exterior, la música brotaba de allí a raudales... Letras, luminosos, sonidos... También captaba risas, sonidos confusos de voces, de gritos, de canciones, de copas que chocaban entre sí... Y vio los indicadores luminosos de las calles: Calle 20, Calle 22, Calle 19, Plaza 4;..
Más lejos, en otra calle cercana, sonido de claxons, de turbomóviles, de coches, de tráfico, en suma.
Era increíble, no podía suceder..., pero había sucedido. En solamente un par de segundos la ciudad había cambiado. No era la misma que había pisado él unos segundos antes.
A pesar de que no se había movido de ella, de que nada podía haber cambiado..., la ciudad entera era ahora otra. Ni siquiera los edificios eran ya como antes.
Aquellas letras luminosas, aquellos locales nocturnos, aquel bullicio, aquellos indicadores..., ¿de dónde habían salido?

CAPÍTULO IV
LA URBE MUTANTE

Alex Hawatt se pasó una mano por la cara. La retiró totalmente empapada pero, a pesar de ello el sudor siguió goteando, hasta resbalar por su cuello y empapar su camisa.
No sabía si hacía calor o si era aquella pesadilla atroz la que le asfixiaba, fa

que le agobiaba cada vez más, acorralándole en un cerco espantoso de angustia, de incredulidad, de contracciones inverosímiles de sus nervios, sometidos a la más dura, violenta y terrible de todas las pruebas imaginables. Parecía una pesadilla.

Alex se movió hacia aquella estridente, ruidosa y deslumbrante orgía de luz, de música y de vitalidad. Caminaba como un sonámbulo, igual que un hombre que, desde el desierto, ha sido súbitamente lanzando al centro de una gran ciudad, exultante de vida y de bullicio.

—Es que esto... es que esto no puede ser... —murmuraba, repetidamente, como tratando de sugestionarse a sí mismo—. Yo..., yo he caminado por esta calle, por las demás calles de la ciudad... Y no había sonidos, ni locales, ni rótulos, ni nada. Y de repente, como si quisieran volverme loco..., todo cambia, todo se transforma. Es igual que si jugaran conmigo... Pero aún así, ¿quién podría jugar de tal modo? ¿Quién puede cambiar una ciudad en sólo dos, en tres segundos todo lo más?

Corrió hacia el cruce con la calle transversal, cerca de la plaza exagonal. Por encima de él, como un arco de luz, parpadeaban los fluorescentes lívidos, de un rojo llameante, un verde espectral, un amarillo violento o un azul fantástico, desfilando como estrías de un cielo alucinante, enloquecedor, irreal.

Alcanzó la vía transversal, se paró en ella y miró a un lado y a otro, como fascinado. Más luces, más establecimientos..., donde antes no había ninguno. Y música, sonidos, gritos, risas, deslizar de vehículos, zumbido de turbinas adaptadas a los automóviles...

Pero todo eso resultaba más delirante, más estremecedor, más espantoso aún que el propio silencio anterior. Porque todo aquel estruendo, aquel bullicio, con fondo de música, de luz y de parpadeo irisados... no lo producía nadie.

La ciudad continuaba desierta, sin seres vivos en sus calles... Y el mido, los mil ruidos diversos, parecían llegar con insistencia de todas partes. Y de ninguna, a la vez.

* * *

—¡Nooo! —aulló Alex, enloquecido, trémulo, aferrándose la cabeza entre ambas manos, crispado el rostro por un horror que iba más allá de lo natural, más allá de las humanas fronteras de un miedo vulgar, de un pánico a algo tangible comprensible, capaz de ser comprendido por un ser normal, como él lo era.

Retrocedió de nuevo y se golpeó en el soporte metálico, plateado, de uno de los globos de luz, que ahora ya no era púrpura, sino de un tono azulado, similar al de cualquier otra ciudad. Se apartó, mirando con terror al globo luminiscente, dando una vuelta completa sobre sí mismo, tambaleándose como ebrio.

Cruzó la calle» Tuvo que taparse los oídos para no escuchar los claxons, los

frenazos de Imaginaros vehículos invisibles entre los que, ai parecer cruzaba vertiginoso. La impresión de saltar entre un tráfico denso era realmente asombrosa. Pero estaba solo..., solo en la calle desierta.
Trastabillando, a trompicones alcanzó la otra acera, estuvo a punto de caer y, en la pirueta que describió, tuvo que aferrarse al quicio de una puerta, la de un bar esplendoroso de luz, del que salía una música estridente, cuajada de agudas notas de trompeta.
La hoja de la puerta osciló, empujada por su presión. Y Alex, impetuosamente, perdió definitivamente el equilibrio y penetró con un fuerte impulso dentro de la sala, dejando oscilar tras de sí violentamente las dos hojas de cristal escarchado de la entrada.
Fue rebotando de escalón en escalón al interior del local, atónito, se detuvo al final, aferrándose a una columna. Contempló el lugar, las luces indirectas, tamizadas, el largo mostrador, las mesas, la pista circular, la plataforma de fa orquesta...
El estruendo de música de jazz, de voces, de risas, de ruido de copas, era casi ensordecedor allí. Y sin embargo...
Sin embargo, todo el local estaba desierto.
Retrocedió, como si hubiera sufrido el demoledor impacto de un enemigo invisible. Enloquecido se cubrió los ojos con ambas manos, masculló algo, roncamente, con voz quebrada... Luego, cuando volvió a abrir los párpados, cuando contempló todo aquello que le rodeaba, una impresión desoladora, estremecida, se apoderó de él, impidiéndole incluso gritar, incluso moverse de donde se hallaba.
— Dios mío... Dios mío... —musitó apoyándose en el muro para no caer, sintiendo seca su garganta, advirtiendo la crispación de sus nervios de sus músculos todos—. Esto no es posible... No es posible que me esté sucediendo a mí... ¡A mi!
Giró para volverse, procurando no prestar atención a las voces, a las risas, al sonido de copas, de botellas, al roce de pies en la pista, mientras se suponía que debían de bailar diversas parejas a los acordes de la orquestina.
En un sitio vacío, en un lugar desierto sin ser viviente alguno, sin instrumentos, sin copas, sin licores..,, ¿de dónde podía surgir aquel sonido? ¿Y por que lo percibía él?
Se lanzó a la carrera y saltó a la calle, devorando los escalones de un solo brinco de sus largas piernas. Pisó la acera...
Un grito de angustia infinita sacudió su ser. Retrocedió de nuevo y estuvo a punto de caer otra vez al interior del «club» nocturno vacío.
El estruendo del tráfico era el mismo de antes, todo parecía sonar igual en sus oídos. Pero ahora... ahora había vehículos desfilando en ambas direcciones, moviéndose rápidamente por la calzada o deteniéndose dócilmente ante los semáforos de los cruces. .
Turbomóviles, coches antiguos, de línea clásica, vehículos con tracción nuclear, ya anticuados... Toda clase de coches, como en cualquier otra ciudad.

Pero de nuevo el detalle horripilante, insólito, increíble.
Ninguno de los vehículos en marcha llevaba a nadie al volante. Rodaban totalmente vacíos.
Alucinado, avanzó hacia la calzada. Esperó el cambio de luz y entonces pasó. Ante él, como monstruos mecánicos dotados de vida propia, todos los vehículos se detuvieron, en perfecta hilera, dócil y disciplinadamente.
Alex Hawatt cruzó como en sueños. Caminaba igual que si sus pies pisaran nubes intangibles en vez del firme suelo de asfalto plastificado.
Al llegar al otro lado de la calzada cambió la luz. Miró atrás. Los coches, de nuevo en marcha, se alejaron. Aparecieron otros. Vehículos y más vehículos. Pero nadie viajaba en ellos.
La fantasmal ciudad que a cada momento cambiaba su apariencia, que se metamorfoseaba increíblemente ante sus propios ojos, seguía sin ofrecerle la presencia viva de ningún ser. Primero había sido una ciudad extraña, fría, hermética. Sin anuncios, sin letras, sin cifras, sin establecimientos... De súbito, había bastado que él pensara en todo eso, para que las cosas cambiaran radicalmente. Demasiado radicalmente, tal vez. Ahora, había exceso de «Clubs» nocturnos, exceso de ruidos, de músicas, de tráfico, de luminosos... Y la ciudad era diferente. No se parecía absolutamente en nada a la que viera al llegar en el monoraíl.
Después, al pensar en vehículos, éstos habían aparecido súbita, misteriosamente, sin nadie al volante, sin nadie en sus asientos, como movidos por manos espectrales, por seres del más allá.
Entró en una calle adyacente por la que no circulaban vehículos, una calle donde el sonido era más leve, más difuso, más confortable para uno, dada su lejanía. Caminó por ella, tras un suspiro, agradecido a fa paz repentina que parecía invadir su estremecido cuerpo.
De repente, se paró. Lo hizo en seco, afirmando sus pies en el asfalto plastificado, gris y blanco. No levantó la cabeza, no dejó de mirar el pavimento y las puntas de sus zapatos. No necesitaba hacerlo para... para saber que ahora no estaba completamente solo.
Había alguien más en la calle... Alguien muy cerca de él. Allí mismo. Era una sensación casi física, una seguridad absoluta, aun sin haber visto a nadie.
Y casi sentía miedo de levantar la cabeza, de mirar ante sí a la persona que se había materializado de repente, tal y como él pensaba.
Pero era preciso hacerlo alguna vez. No podía permanecer siempre así, parado y mirando al suelo. Tampoco podía echar a andar, porque tropezaría con aquella persona. Sí, seguro que estaba frente a él, a pocos pasos de distancia... Y estaba mirándole.
Aún sin verlos, eran unos ojos taladrantes, incisivos, que se dejaban sentir. Muchas veces se ha hablado de que la mirada de otra persona hace impacto en uno y le obliga a volverse, en busca de quien le mira. Pero ésta era la materialización, la realidad absoluta de esa expresión. Lo miraban y sabía que le miraban.

Poco a poco, alzó la cabeza. Y miró ante sí, al final de la acera, en la calle desierta y silenciosa, solamente alterada por el rumor distante del tráfico.
Vio a la persona que había imaginado. Estaba allí, frente a él. A menos de diez metros. Erguida, mirándole fijamente, de forma casi estremecedora. Erecta la figura en el centro de la acera. Inmóvil, silenciosa... pero sin apartar sus ojos de él. Los ojos más fijos y profundos que Alex viera jamás en toda su vida.
Y lo más extraño, lo más inesperado y sorprendente era que aquella persona, aquel ser que parecía surgir de la misma noche o de sus propios pensamientos para hacerle compañía en la noche alucinante de la extraña metrópoli...
... Aquel personaje era una mujer.

CAPÍTULO V
«ELLA»

¿Quién... quién eres tú? —preguntó roncamente Alex Hawatt. ¿De dónde has llegado? ¿Qué ocurre en esta ciudad, por el amor de Dios?
Nada. Ni una respuesta, ni una palabra saliendo de los femeninos labios de la mujer recién aparecida. Ni siquiera un movimiento. Aún le miraba fija, obstinadamente, como si eso fuera todo lo que supiese hacer.
Alex avanzó, se movió hacia ella. A menos de dos metros de distancia, se detuvo. Ella continuó inmóvil. No hizo ningún gesto de amistad o de simpatía. Pero lo cierto era que tampoco demostró miedo o recelo hacia él. Simplemente, no expresó nada de nada. Pero algo, en su rostro, no poseía la inmovilidad de sus facciones, estaba animado y lo demostraba; su modo de mirar.
Los ojos seguían los movimientos, los pasos de Alex, paulatinamente. Las pupilas eran asombrosas. Y muy bellas. Alex jamás había visto aquel color anteriormente en otros ojos; color violeta.
Ojos violáceos, casi purpúreos, que miraban con fijeza sorprendente, sin un parpadeo. Y el cabello, largo y sedoso también era de un fulgurante color violeta. Eran do motas destacadas en la rara mujer. Lo demás era normal Pero aquel cabello y aquellos ojos intrigaron a Alex.
La contempló en silencio, de pies a cabeza. Vestía un singular traje plateado azulino, ceñido a su figura, como formado de escamas cristalinas. Las curvas suaves, delicadas, recordaban una estatua clásica. El busto juvenil, las suaves caderas, las largas y estilizadas piernas, de bella línea. El rostro ovalado, la boca carnosa, la naricilla breve...
Era bellísima. Y extraña a la vez. Casi inquietante.
—Vamos, habla —pidió Alex roncamente—. Necesito que me hables, que digas algo, mujer. No sé lo que sucede, ¿comprendes? No sé nada de nada, en esta extraña ciudad. Y tú eres la primera persona viviente con quien me

encuentro. Necesito que me hables, que me informes. ¿Qué es lo que pasa aquí, por qué esta ciudad es así, qué extraña ciencia o magia es capaz de crear cosas que no existen y de hacer desaparecer otras, de transformar calles y edificios, de variar la vida, casi a gusto de uno, casi como uno mismo va pensando?

Igual silencio. Igual pasividad inexpresiva, la misma reacción negativa de la hermosa de cabellos violáceos a todas sus preguntas. Los hermosos, profundos e inquietantes ojos purpúreos se clavaban en él, le taladraban casi. Alex se estremeció, al imaginar que ella lograba leer sus pensamientos, que penetraba hasta el fondo mismo de sus ideas y reflexiones. Que su cerebro, tal vez, era como un libro abierto para aquellas pupilas penetrantes. O, al menos lo parecía.

— Está bien, no hables —suspiró Alex, fatigada mente —, Sigue callada y posiblemente logres verme enloquecer de un momento a otro. Infiernos, ¿no te das cuenta de que necesito hablar con alguien, de que tengo que hablar, antes de que me trastorne por completo y nada ni nadie sea capaz de curarme? Esto no ha sucedido jamás. Tengo una mente normal y procedo normalmente. Creo que soy bastante sereno, pero todo tiene un límite. Y no se me puede exigir que humanamente, lo sobrepase. Al menos haz algo, dime de alguna forma que sabes lo que hablo, que me oyes... Existe un medio tan viejo como el mundo de decir sí o no, aunque no tengas lengua. Y es moviendo la cabeza, respondiendo así en silencio. ¿Tanto trabajo te cuesta oírme? ¿Eres un ser humano o una4estatua, criatura? ¿Me entiendes o no?

No esperaba el menor resultado de sus exasperados esfuerzos. Por eso casi pegó un respingo cuando la mujer de los cabellos morados movió su cabeza, lenta, afirmativamente, de arriba a abajo.

—¡Cielos! —aulló Alex—. ¡Has dicho «sí»! ¡Has afirmado!

Nueva afirmación, por si había duda. Ni una palabra pronunciada. Pero, al menos, asentía, admitía que le comprendía. Alex la contempló sonriente, casi esperanzado. Luego temió lo peor y, ensombreciéndose su rostro, indagó:

—¿No... no serás muda, muchacha?

Ella se encogió de hombros. No afirmó ni negó. Alex se quedó perplejo. Pero estaba relativamente satisfecho de la marcha de aquel encuentro. Ya era algo no sentirse solo. Aunque fuese con una mujer muda o que al menos lo parecía, no se encontraba en soledad, dentro de un lugar tan extraño y misterioso como aquél.

—Muy bien. Supongamos que no sabes hablar. ¿Eres... eres extranjera?

Esta vez no había duda. Afirmó por dos veces, con sus ojos violeta fijos en él. Una extranjera, pero ¿de dónde?

—Sí, ¿de dónde? —interrogó, expresando en palabras su pregunta mental —. ¿De dónde viniste, muchacha?

Otra vez se encogía de hombros. O no lo sabía... o no quería revelarlo.

Alex empezó a sentirse desalentado ante ella. Era como un nuevo monólogo, como hablar con los mutantes muros de la ciudad fantástica.

—Escucha, mujer —dijo roncamente—. Sé que las cosas que ocurren aquí no son normales. Pero tú pareces ser de carne y hueso, como yo. ¿Qué es lo que sucede? Yo no lo sé. Y tú no pareces estar dotada de voz para hablarme de ello. Pero puedes indicarme algo. Algo que yo te voy a preguntar, sin necesidad de que tú hagas otra cosa que mover la cabeza, según sea afirmativa o negativa la respuesta. Anda, hazme saber si entendiste o no.
Había entendido. Por lo menos, así lo expuso sin lugar a dudas, con un movimiento de cabeza lleno de energía.
Alex preguntó con cierta timidez. El mismo no podía estar demasiado seguro de lo que iba a resultar de todo aquello.
—¿Eres natural de este país?
«No», dijo la cabeza de cabellos violeta, moviéndose firmemente.
—¿De Europa?
Negación.
—¿Asia?
Otra vez negación.
—¿Otra parte de América misma? ¿Acaso Oceanía?
Estaba negando. Sin lugar a dudas.
Respiró con fuerza. La cosa se hacía ya aparentemente fácil.
—Diablos, no lo pareces, muchacha. ¿Eres... eres de África?
Ante su sorpresa, negó otra vez. Acaso no le había entendido. Porque él ya había agotado sus posibles orígenes. De repente, recordó algo que no había nombrado.
—Oh, ya entiendo. ¿Zona polar ártica... o antártica? — apuró, risueño.
Y otra vez la negativa. Alex resopló fatigado. Aquello era demasiado ya. ¿De dónde podía ser, de qué punto que no estuviese incluido en ningún Continente ni en los dos Polos?
—Seguro que no me entendiste, pequeña. Lo que yo pregunté... —se detuvo. Ella afirmaba, afirmaba repetidamente, casi con enfado. Varió el tono, perplejo—. Ya veo. Me has entendido. Eso quieres decir. Y aún así, no eres de ningún lugar de los que he nombrado.
«No», repitió la cabeza, moviéndose de un lado a otro.
—Que me ahorquen si te entiendo —farfulló Alex, rabiosamente—. Dejemos eso, pequeña. Voy a preguntarte otra cosa. ¿Sabes que en esta ciudad no hay nadie más que tú y yo?
Ella afirmó ahora. Sus ojos tenían un leve brillo burlón, irónico. 0 a él se lo parecía. Tenía la impresión de que el interrogatorio no conducía a ninguna parte» Aún así, insistió:
—¿No existen seres humanos en Plastic City?
Ella se encogió de hombros. Otra vez la réplica abstracta, inconcreta. Insistió:
—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Ha sido una enfermedad? ¿Un fenómeno?
Negó con la cabeza, Alex, exasperado, volvió a la carga:
—Dios mío, es algo inconcebible, muchacha. ¿Existe alguna magia, alguna esencia desconocida que maneje todo esto, que provoque esos cambios?

«Sí». ¡Ella había declarado afirmativamente!
Alex, impresionado, insistió:
—¿Es... magia? —Ella negó, ¿Ciencia? ¿Una ciencia desconocida para mí?
Nueva afirmación. Alex se pasó una mano por la frente. Una ciencia desconocida... hacía cambiar el lugar, transformaba las cosas. Se preguntó qué clase de ciencia podía ser aquélla. No sabía de ninguna. Y a él siempre le habían preocupado los adelantos científicos.
—Bien, veamos sí entiendo algo... —musitó—. Una ciencia desconocida. Y la ciudad cambia bruscamente. Pero observo que cambia a mi gusto. Como si todo se trocase a medida que yo pienso: «Esto debería de ser así»... Y mis pensamientos se hacen realidad.
Boqueó, atónito. Ella afirmaba. Vivísima, enérgicamente. Sonreía, incluso, estaba seguro de ello. Su rostro parecía cobrar más y más expresión, más fluidez de gesto.., más humanidad, en suma.
—De modo que es eso —murmuró confuso—. Lo que yo pienso... se hace realidad. Pero Dios mío, eso nunca fue posible. ¿Por qué había de serlo ahora? No existe ciencia alguna en el mundo capaz de crear ese prodigio, muchacha.
Es inútil que trates de convencerme de lo contrario. ¿Cómo se puede convertir en realidad un pensamiento? Serla algo así como encontrar la piedra filosofal, mucho más incluso. Uno podría crear, destruir, adaptar las cosas a su antojo...
Nueva, tajante afirmación. Casi frenética, como corroborando todo lo dicho por él. Alex sintió que su mente vacilaba. Aquella mujer tenía la virtud de trastornarle, de hacerle perder la seguridad en muchas cosas e incluso el sentido mismo de la lógica. Aunque esa lógica estuviese ya bastante malparada por las cosas que anteriormente habían acontecido, cuando todavía no se había encontrado con la muchacha del cabello violáceo.
—Está bien, está bien —mascculló, perplejo—. Eso es posible. Y eso es lo que sucede. Admitámoslo. No voy a discutirlo, simplemente eso. Aunque no me crea una palabra, desde luego.
Dio unos pasos nerviosos, irritados. Ella parecía interiormente "divertida con sus reacciones. Alex estaba lejos, muy lejos de sentirse divertido. No sabía por qué razón, él era la persona que había ido a encontrarse con una situación anómala, con un trance extraño y sorprendente, quizás era el primero, el único ser viviente enfrentado a un prodigio inexplicable.
—Y en esta ciudad solamente estamos tú y yo. Una muchacha forastera, una extranjera, según dices... y un forastero que, aunque nacido en América, jamás estuvo antes en Plastic City. Pero, ciertamente, esta ciudad no pudo conocer antes prodigios así... a no ser que muriesen quienes los vivieron, sin poderlos explicar a nadie.
Ella negó. Era una negativa rara, insistente. Y Alex no supo qué era concretamente lo que negaba, de todo lo que había dicho él. Pero optó por saltarse aquel punto sin esclarecerlo. Había otra cosa que le intrigaba sobremanera.
—Sigo preguntándome de dónde puedes ser tú, muchacha — habló

lentamente—. Y admito que tal vez seas de alguna tierra no explorada. Pero, sin embargo, debería de estar en el mapa, ha de existir en una de esas partes nombradas antes: Europa, Asia, África, América, Oceanía... o los Polos.
Negó otra vez. Era desesperante. Alex alzó sus manos, en un gesto elocuente, nervioso y vivaz.
—Mira, compañera de soledad. Eso no puedo admitirlo. No puedo aceptar que seas una forastera de «ninguna parte». De algún lugar has llegado, es evidente, puesto que no eres de aquí.
Ahora había afirmado. Era lógico que lo hiciera o Alex hubiera empezado a pensar que le tomaban el pelo. Pero lo raro de la situación era que la muchacha no parecía bromear en absoluto.
—De acuerdo. Eres de alguna parte. Estoy intentando imaginar de dónde. Y no se me ocurre nada. A no ser —dijo, riendo—, que hayas surgido del mar o del fondo de la tierra...
Ella negó. No podía ser menos. Alex añadió, igualmente burlón:
—...Y si no vienes del mar o de la tierra misma, tendría que suponer lógicamente que fueses un ser extraterrestre, una mujer llegada de otro planeta, y...
Se paró en seco. Dilató sus ojos, asombrados, fijándolos en ella.
Había afirmado. Ella había dicho «sí» a su sugerencia. Admitía que había llegado de otro planeta. Eso superaba todos los cálculos, todas las imaginaciones. Alex sintió que muchas cosas se tambaleaban dentro de él. Pugnó por mantenerse sereno, ante la nueva y difícil prueba.
—¡Oh, por Dios! —masculló—. No bromees, pequeña. Ya tengo bastantes problemas, sin necesidad de que tú te burles de mí...
Y, de súbito, la bomba. Ella no movió la cabeza. En vez de eso, le miró dulcemente, entornó los ojos color violeta y declaró suavemente, con una voz mágica, musical, pura armonía sonora brotando de sus labios:
—No me burlo, hombre de la Tierra. Yo he llegado del espacio en el meteoro púrpura.

* * *

—¡Infiernos! —aulló Alex—. ¡Hablas! ¡Puedes hablar y te has estado burlando de mí!
Ella negó, quizá por hábito ahora, sirviéndose de un leve movimiento de cabeza.
—No, no me burlé de ti, terrestre. Yo no sabía hablar todavía. Estuve aprendiendo mientras te escuchaba a ti...
—¡No es posible! —jadeó el joven, estremecido—. ¡Si no sabías hablar, no podías tampoco entenderme!
—Mi mente te entendió casi en seguida. Es más fácil adaptarse a comprender sonidos, que a emitirlos una misma, compréndelo. Aún para una mente «zeex» eso tiene sus dificultades, date cuenta...

—¿Una mente «zeex»? —indagó Alex, sintiéndose tan desquiciado como un loco furioso.
—Sí. Es nuestra raza, nuestra especie. Como la tuya es la humana.
—¡Tú también eres humana! —protestó Alex—. Vengas de donde vengas... eres humana.
—No —negó ella, dulcemente—. Parezco humana. Pero nunca lo fui. Simplemente, tú me ves con la apariencia física que he querido adoptar para establecer contacto contigo. Eso es todo.
—Pero... pero yo no puedo... ¡no puedo creer una palabra de todo esto, muchacha! Vivo en una Era de grandes progresos, sí. Y sin embargo hay cosas inadmisibles, imposibles de ser realidad. ¿Cómo puedo creer tal fantasía?
—¿Cómo puedes creer, entonces, que una ciudad cambie de fisonomía, que se adapte a lo que tú piensas, a medida que vas pensándolo, sin que te expliques el sistema? ¿No es eso un auténtico prodigio en tu concepto?
—Sí... sí. —Se pasó una mano trémula por el rostro, brillante de sudor. Casi hizo caer sus gafas, que se mantuvieron difícilmente sobre la nariz—. Oh, Dios, sí, pero... pero tú hablas bien mi lengua, Tú tienes que ser humana.
—Pero no lo soy. Simplemente, me ves tal como sería en tu mundo, en este mundo. Nuestro don de adaptación, de transformación física y mental, permite lo que te parece imposible, Como nos ha permitido crear una ciudad, tal y como suponíamos que eran las ciudades terrestres... pero imperfecta porque, al parecer, las ciudades de tu planeta no son como las imaginadas por nosotros.
—¿Y por eso ha ido evolucionando a medida que yo le encontraba... defectos? —farfulló Alex Hawatt.
—Sí —sonrió ella —. Por eso ha evolucionado todo. Y cambiamos su fisonomía, sus luces, le pusimos los rótulos de los caracteres, para nosotros desconocidos, que leíamos en tu mente, y que tú llamas letras y números. Luego, hicimos aparecer vehículos, música..., la música que a ti te gusta, recuérdalo.
—Sí, sí, recuerdo... —musitó Alex confuso, impresionado.
—Posteriormente, tu concepto de los seres con quienes esperabas y deseabas encontrarte llegó a nosotros. Y fueron creados. Aparecí yo. Te escuché, tratando de sintonizar mi frecuencia mental con tus pensamientos, con tu voz. Lo logré, porque los terrestres sois sencillos de comprender. Y luego he intentado crear yo misma los sonidos, he imitado vuestra voz... Creo que he tenido éxito.
Alex Hawatt no dijo nada de momento. Intentaba situarse él mismo en la extraña situación a que se veía abocado, trataba por todos los medios de comprender, de aceptar como lógicas y factibles cosas virtualmente imposibles para una mente humana, en especial para unos seres extraterrestres.
Recordó el meteoro púrpura, el que viera hender el cielo, desde su asiento en

el monoraíl. Al menos en eso, ella no mentía. Había existido el cuerpo celeste. Recordó su paso fugaz, centelleante al verlo. Sin embargo, no era precisamente sueño lo que ahora sentía, sino una excitación creciente y una curiosidad inextinguible ante tanto prodigio sobrehumano.
La muchacha de cabello violáceo era mucho más que una mujer bonita, enigmática y sorprendente. Sí ella hablaba en serio... era una visitante de más allá del espacio terrestre, una forastera estelar.
Miró, confuso, en derredor. Seguían los dos solos en la calle.
—¿Y solamente tú has logrado materializarte, adaptarte a mi forma? —interrogó.
—En principio, sí —sonrió ella—, Pero ven conmigo, hombre terrestre... ¿o prefieres que te llame Alex?
El joven pegó un respingo.
—¿Cómo sabes mi nombre?
—Es fácil —sonrió de nuevo la joven, cuyo rostro adquiría una dulzura realmente celestial, cuando lo hacía—. Leyendo en tu mente, eso no cuesta mucho trabajo. Tu nombre es Alex Hawatt.
—Estás en ventaja sobre mí. Yo no sé tu nombre, Ni lo sospecho siquiera.
—Traducido a tu lengua, podríamos decir que es Alana — dijo la muchacha dulcemente —. Ven conmigo. Voy a enseñarte algo. Posiblemente sea la última sorpresa que tengas. Pero merece la pena que lo presencies por ti mismo. Así no tendrás más dudas sobre mí y sobre cuanto te dije.
Lo tomó por una mano. El contacto de la mano suave, fresca, sedosa, de la muchacha irreal —si es que realmente podía serlo una criatura tan perfecta y delicada —, lo hizo estremecer. La siguió como en sueños. Ella guiaba, llevándole de la mano, y andaba casi aladamente a través del pavimento blanco-gris de la calle desierta.
Asomaron a la vía principal, aquella que antes viera totalmente invadida de tráfico por primera vez... aunque de un tráfico fantasmal, sin seres vivos tras los volantes ni en los asientos.
La calle seguía invadida de vehículos» bajo los arcos y parpadeos luminosos de mil colores de la ciudad extraña y fabulosa. Al principio, miró sin advertir la diferencia entre lo que viera antes y lo que, al parecer, quería mostrarle Alana.
Luego, cuando lo descubrió, lanzó una exclamación atónita. Miró estupefacto a Alana, y ella sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza suave que agitó sus cabellos color lila intenso.
—¿Lo ves? —murmuró—. Ahora, todo es como tú piensas que debe ser una ciudad.
Alex asintió a su vez, lentamente. Luego, volvió a mirar el tráfico denso, los vehículos... en cuyos asientos había hombres y mujeres de edades vulgares...
Seres terrestres, entes humanos de ambos sexos, donde antes todo estaba vacío. Pero seres que, como de mutuo acuerdo, coincidían en un detalle extraño y revelador al cruzar ante ellos con sus vehículos:

Todos, absolutamente todos, saludaban a Alana con un gesto deferente y respetuoso.
Miró a la muchacha con estupor infinito. Ella le sonrió, con una ingenuidad encantadora, como sintiéndose feliz con su asombro.
—¿Lo entiendes ahora? —musitó—. Todos mis semejantes son ahora como tú... pero para ellos sigo siendo la que siempre he sido; la persona a quien deben obedecer y acatar.

CAPÍTULO VI
LA SUPER-RAZA

Se apartaron lentamente del tráfico y caminaron hasta la cercana plaza exagonal. Alex advertía confusamente, durante el camino, que todos seguían saludando a Alana; agentes de policía de tráfico, peatones de aire abstraído, automovilistas, gentes que salían, entre risas y comentarios joviales, de los «night-clubs» locales. Y ella a todos respondía con sencillez admirable, casi fraternalmente.
—Son muchas cosas las que todavía no entiendo —suspiró Alex —. Y perdona si los seres humanos somos tan torpes, Alana. Admito que eres una mujer diferente, un ser capaz de hacer prodigios... pero todo esto resulta muy fuerte para nuestra pobre, nuestra limitada mente de seres humanos.
—No, Alex, no confundas los conceptos. No soy capaz de hacer prodigios. Soy solamente una «zeex» más, como todos.
—Eres su reina, después de todo.
—Tampoco es eso. No hay reyes en nuestro sistema, Alex. Solamente una comunidad disciplinada y pacífica. Con un presidente o patriarca.
—No pareces lo bastante anciana para ser patriarca sonrió Alex, Y súbitamente inquieto, añadió—: ¿O eso es sólo una ilusión de tu nuevo aspecto físico?
—No, no —rió ella —. Soy joven, en cualquiera de los aspectos físicos que pueda adoptar. El Tiempo es lo único que está por encimé de nuestro poder y nuestro avance mental, espiritual y científico. Porque el Tiempo es un concepto de Eternidad, y Eternidad es Dios.
—Dios... —Alex la contempló, perplejo—. También vosotros... conocéis a Dios...
—No importan las formas de vida del Universo, Alex. Seamos como seamos los seres vivos, inteligentes o irracionales, Dios es Uno. E igual para todos.
—Sí, tienes razón. Pero es tan fantástico oír nuestros propios conceptos en labios extraños —la contempló, pensativo—. Alana, tú... tú dijiste que hay un presidente o patriarca. ¿Eres tú?
—Sí, soy yo.
—¿Tan joven? En nuestro mundo, el que manda es siempre el más viejo, el más sabio. Es un criterio ancestral, pero acaso lógico. La experiencia es algo,

en el mando.
—También en nuestro sistema de vida lo es, Alex. Sólo que yo... yo suplo a mi padre.
—¿Murió?
—Sí. También nosotros somos mortales, Alex.
Alex iba de sorpresa en sorpresa penetrando en aquel mundo que tan distinto parecía del suyo... y tantas cosas iguales poseía en el fondo de su forma de ser y de desenvolverse.
—Muerto tu padre, tú pasaste a ser el presidente o patriarca — dijo él suavemente.
—Eso es. —Hubo algo en los ojos violeta de ella. Un centelleo extraño, inconcreto. Parecía miedo, pero Alex no podía estar seguro de que fuera eso. Y un segundo después de aquel fulgor súbito, ya no quedaba nada—. Al morir mi padre, yo tomé la responsabilidad en el mando.
—Y con tu gente llegaste a la Tierra... en el meteoro púrpura —murmuró Alex.
—Sí. Así fue.
—Pero, Alana, en este mismo lugar —señaló la ciudad—, aquí había ya una ciudad, al llegar vosotros. Se llamaba Plastic City y en ella tenía que tomar yo mi aerovía hasta Los Angeles, California. ¿Qué sucedió con ella? ¿Dónde está el meteoro, dónde el impacto, la huella de su caída?
—Alex, esa ciudad está aún aquí—dijo ella suavemente.
—¿Eh? —Hawatt miró en derredor, como si volviera a sentirse enloquecido por tanto disparate—. No..., no logro entenderlo...
—Alex, la razón misma de nuestras metamorfosis, de los cambios de la ciudad, a medida que se captaban tus pensamientos, te dará la explicación simple de todo. Nosotros poseemos una materia flexible, moldeable, que se adapta mediante «luz mutante», un rayo luminoso que transforma las moléculas e incluso los átomos a voluntad del «ordenador» o forma de crear artificialmente, según lo que deseamos o lo que captamos en otras mentes.
—Sigo sin entender —murmuró Alex, desconcertado—. La materia moldeable, cambiable, puede ser todo esto. El suelo, las casas, los vehículos, todo... Pero ¿y la ciudad original, la que debería estar aquí? ¿Dónde está?
—Justamente debajo de nosotros —sonrió Afana —. Bajo el suelo de esta ciudad se oculta la ciudad sobre la que cayó nuestro meteoro, Alex.
—¡Cielos! —Al joven se le erizaron los cabellos—. ¿Quieres decir... que el meteoro la destruyó, la convirtió en ruinas... y edificasteis en unos minutos, sobre la ciudad destruida, vuestra propia ciudad?
—No exactamente. No destruimos nada. Al caer sobre la Tierra, frenamos la fricción y detuvimos el impacto. Nuestro propio suelo, el del meteoro que nos trajo hasta aquí, es igualmente moldeable, dócil a la voluntad y técnica de la raza «zeex». ¿Recuerdas tu sensación de somnolencia en el tren?
—Sí. —Alex se sorprendió de que hasta ese pensamiento fuera captado por Alana. No habían ya dudas sobre su naturaleza extrahumana —. ¿Y qué?...

—Emitimos ondas magnéticas para provocar un sueño súbito y dulce, que puede prolongarse durante horas en los afectados. Tú estuviste a punto de estarlo, pero los muros de acero del monoraíl lo evitaron. Y también la distancia hasta el meteoro. Sin embargo, Plastic City sufrió nuestro impacto, suave y sin destrucciones. Se adormecieron sus habitantes. Y, rápidamente, nuestro meteoro, posado sobre el suelo, se extendió, formó una especie de colina o loma por encima de la ciudad dormida, sin un solo ser despierto. Para los habitantes de Plastic City, el tiempo que duerman es como si lo vivieran. Pero nadie muere, nadie sufre. Nuestro meteoro, convertido en un manto, capa o envoltura elástica, cubrió la ciudad original y, sobre esa envoltura, se edificó, siempre en la materia flexible, dócil a nuestros deseos, la metrópoli que tanto te sorprendió.
—Oh, ahora entiendo la rampa, la situación elevada de la ciudad —jadeó Alex, impresionado—. Dios mío, eso supera toda la fantasía de los teóricos del espacio y la vida en otros mundos... Nadie ha imaginado jamás un poder semejante al vuestro, Alana.
—Es posible que no —sonrió ella —. La imaginación siempre tiene una capacidad limitada y llega a un punto del que difícilmente puede pasar en sus teorías. Pero ésta es la realidad, nuestra realidad, Alex. Y a ti te ha tocado vivirla. Pudo ser a otro o a otros, nadie podía saber eso. Pero fuiste tú, Alex, amigo. Celebro que fuese un hombre inteligente, capaz de comprender, de concebir cosas así, sin volverse loco ni quedarse estúpidamente ignorante. Sé que tú lo entiendes, porque eres un hombre de estudios, un científico... En estos momentos, mi gente estudia tus libros, los que llevabas en tu equipaje y aprenden a conocerte mejor y saber la clase de ciencia que aquí se conoce...
—¡Mis maletas! ¡Fuiste tú....! —exclamó Alex, recordando.
—No, no fui yo, sino mi gente, ya te lo dije. Ellos las estudian, Alex. No te enfades por eso. Somos una raza de paz y nos gusta ser amigos de los demás. No venimos a invadiros, ni cosa parecida.
—Pero, Alana, yo... yo no vi a nadie. ¿Es que sois invisibles?
—Para ti, sí —sonrió ella. Se tocó los ojos con sus dedos, largos y sensitivos —. Es algo distinto a la invisibilidad, y creo que lo entenderás fácilmente. El ojo humano es imperfecto. En su proporción, también el nuestro lo es. Siempre hay cosas más allá de la visión. Como hay luz infrarroja y ultravioleta. Existen otras gamas de luz, de forma y de cuerpos.
—¿Otra dimensión?
—No exactamente —negó ella —. No es una cuarta dimensión, si te refieres a eso. Es, simplemente, una forma de vida que la retina del ser humano no capta. Porque nos movemos en otra frecuencia de ondas y de intensidad lumínica. Nuestros sonidos y nuestra corporeidad salen de vuestro campo visual y perceptivo. No es nada extraño ni fantástico. La imagen de la vista del hombre, e incluso la de una cámara fotográfica, es limitadísima. Hay una frontera, una barrera más allá de lo humano, de lo fotográfico, de la sensibilidad de una placa o de una retina humana. Allí estamos nosotros. Más

allá hay otras cosas, otros seres y formas de vida, a las que nunca llegaremos nosotros tampoco.
—Dios mío, Alana, lo entiendo, pero... resulta terriblemente difícil adaptarse a cosas así que sólo en teoría ha escuchado uno —la miró casi asustado—. Me... me gustaría mucho saber... cómo eres tú en realidad, cómo sois vosotros.
Ella sonrió, moviendo negativamente la cabeza. Sus pupilas violáceas tuvieron un destello de inquietud, de preocupación.
—No, no… —murmuró—. No es necesario, Alex. Ni creo que pudiera explicártelo. Precisamente por ser algo que no puedes ver... difícilmente llegarías a imaginarlo. Está más allá de la barrera de tu visión, de tu mente, de tu comprensión. Vale más dejarlo así. Imagíname tal como ahora soy. Eso es más fácil.
—¿Tan... tan horrible puede ser vuestra forma? —indagó Alex, inquieto.
—No es eso —negó ella—. Tranquilízate; no somos monstruos. En nuestra forma, somos bastante armoniosos. Pero es en nuestro propio campo vital. A lo mejor, para un ser que nunca imaginó algo así no sería tan bello. Lo mismo que una lengua extraña se ha de traducir para entenderla..., yo soy la traducción a tu lenguaje visual y físico de lo que soy realmente en mi propio mundo.
—Entonces, Alana, eres muy hermosa. Aquí o en tu mundo —suspiró Alex—. ¿Y sabes una cosa?
—¿Qué, Alex?
—Creo que eres la primera mujer que realmente me ha gustado y me ha impresionado en toda mi vida. Alana, estoy seguro de que me he enamorado de ti. ¿Sabes..., sabes lo que es el amor?
—Sí... —murmuró ella, en voz muy baja, inclinando la cabeza. Enrojecieron sus mejillas. Evidentemente, su adaptación física al ser humano era sumamente perfecta, a juzgar por aquella reacción—. Lo sé, Alex...
—Pues te amo... No sé por qué, pero te amo. Parece ridículo, cuando apenas si hace unos minutos que te he visto... y sin embargo sé que es así.
—Gracias, Alex —le miró intensamente—. Gracias por esas palabras. Son muy halagadoras para una mujer como yo…, pero no debes seguir amándome.
—¿Por qué, Alana?
—Somos dos mundos diferentes..., de formas de vida distintas. Vale más olvidar eso. Nunca podríamos coincidir en nuestras existencias, salvo en este momento de encuentro casual. Jamás volveremos a vernos de nuevo. Será una separación definitiva, porque cada uno tiene un lugar distinto en la situación física de cuerpos, formas y conceptos de vida. Así no hay amor posible.
—El amor, Alana, creo que va más lejos de nosotros mismos, de nuestras mentes y nuestros cuerpos —dijo Alex, ensimismado—. O de otro modo, yo jamás me hubiera fijado en ti, ni hubiese sentido lo que ahora siento por ti..., lo que seguiría sintiendo, aunque pudiera verte en tu forma original y resultases un monstruo de fealdad para nuestro concepto de la existencia vital.
Ella le rozó suavemente la mejilla con la punta de sus sensibles y suaves

dedos, provocando un estremecimiento en Alex Hawatt. Este no se movió mientras ella decía:
—No sabes cómo me agrada escuchar esas palabras en tus labios, Alex. Me hacen sentirme más próxima a ti. Seamos amigos hoy, Alex. Seamos solamente amigos y todo será mucho mejor. Es tanto lo que todavía ignoras sobre nosotros y nuestro mundo...
—No me importa eso. Te conozco a tí y eso basta. Es una aventura maravillosa, algo que jamás ningún hombre ha conocido antes... y me siento feliz de ser precisamente yo su protagonista. Dime lo que he de hacer ahora. Si ésta es tu ciudad, soy yo el forastero en ella. Soy tu invitado. Tú mandas, Alana...
—Nosotros somos los huéspedes en tu propio mundo, Alex. Pero me gustará mostrarte el mío... o al menos, lo que de él hay aquí. Ven conmigo. Vas a conocernos a todos y vas a saber de nosotros, aunque sólo sea con nuestra forma actual, mientras estamos en la Tierra.
—Hay algo que me gustaría saber de vosotros, Alana.
—¿Qué es ello, Alex?
—La razón de esta caída en nuestro planeta, el motivo de que ahora estéis aquí.
Ahora estuvo seguro el joven. En el fondo de las pupilas violáceas, en todo el bello rostro de la muchacha, hubo un repentino rictus, una contracción de miedo.
Miedo. Miedo intenso a algo indefinible. Alex no dudó. Ella tenía miedo, quizá pánico a algo, Y sus palabras, poco después, le confirmaron su sospecha.
—No, Alex, eso no —dijo con voz quebrada. Vale más que lo ignores siempre. Es... es demasiado terrible..., demasiado horrendo para que lo conozcas tú.
Y su estremecimiento, profundo e intenso, reveló el incontrolable temor que dominaba todo su ser al hablar de aquello, oscuro y enigmático, que no deseaba revelar a nadie.

* * *

Alana guiaba a Alex Hawatt a través de las calles de la ciudad edificada según sus propios pensamientos, captados por la extraña facultad de los «forasteros».
—¿Adónde me llevas? —preguntó a Alana, sin cesar de caminar en pos de ella.
—Adonde termines de ver los prodigios de nuestra raza, o los que tú considerarás como prodigios, ya que la inteligencia siempre se niega a admitir como algo vulgar aquello que uno mismo no es capaz de hacer ni entiende cómo se ha hecho.
Alana fue dejando atrás las calles más frecuentadas, más bulliciosas. Los

«nuevos» seres humanos que desfilaban por ellas parecían gentes benignas, nobles, risueñas, sin retorcimientos ni dobleces. En el interior de Alex siempre quedaba la sombra de una duda. Duda que, como dijera Alana, quizás era producto de la misma naturaleza recelosa y dada a la mala fe de los seres humanos.

¿Qué se ocultaba aún tras la singular raza a la que Alana pertenecía, la raza inteligente llegada de otros espacios, invisible al ojo humano, situada más allá de la barrera visual y auditiva del hombre?

Alex no sabía nada. No esperaba nada concreto, aunque sí algo maravilloso, como lo era todo en aquella gente asombrosa. Pero lo que sabía era que aquel increíble, bellísimo sentimiento hacia Alana era cierto, era real. Insospechadamente real, ya que había surgido como por encanto, como al solo brote de un fluido intangible, provocado por el encuentro entre él y ella, entre un ser de la Tierra y una mujer de... de...

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Alana? —dijo de súbito.

—¿De qué, Alex? —demandó ella.

—Ni siquiera me has dicho aún de qué planeta procedéis... o si vuestro mundo es solamente ese meteoro de reducidas dimensiones que habéis extendido sobre la ciudad de Plastic City como si fuese una sábana o cosa parecida —sonrió Alex, aunque en sus ojos había una luz grave, taciturna.

—No resolvería nada con decírtelo —suspiró ella, haciendo un ademán que abarcaba la totalidad del espacio salpicado de astros, lejanos y luminosos—. No es del sistema a que pertenece la Tierra. No es nuestro Sol el vuestro, ni es nuestra galaxia aquella en que os encontráis, Alex. Vinimos de lejos, de muy lejos... De horizontes que jamás sospecharon los seres de la Tierra. De ignorados rincones del espacio lejano.

—Eso quiere decir que tardasteis mucho tiempo en llegar a la Tierra.

—¿Tiempo? —ella sonrió tristemente—. Siglos, Alex.

—¿Siglos? —se sorprendió él.

—Sí, Alex. Casi igualando la velocidad de la luz, fueron siglos enteros. Generaciones y generaciones murieron en el viaje interminable. Y así, cuando alcanzamos la Tierra, he sido yo la presidente, el patriarca de mi raza, como vosotros decís.

Alex no supo qué responder. La asombrosa historia de Alana y de los suyos era más asombrosa aún a medida que iba escuchándola, que iba conociendo sus detalles increíbles, de fantástica magnitud.

Alana se detuvo. Alex alzó los ojos y contempló el lugar que ella miraba con aire estático.

Era un edificio, uno más al parecer, en la ciudad misteriosa y fantástica llegada de otros espacios siderales.

Pero aquel edificio era circular. Y en la acera, ante su fachada, rematada por una cúpula oval que terminaba en una especie de aguja de piedra o de material Plástico, se alzaba una verja metálica, de vivo color púrpura, con barrotes delgados de forma sinuosa, como sierpes paralelas, retorcidas, que terminaban

en diminutas esferas de metal violáceo, centelleante. Un extraño y fantástico lugar. El edificio más sorprendente de la ciudad. Y el único que continuaba con los muros de color violeta y con la purpúrea cúpula. El único edificio que no había cambiado, ni de forma ni de estructura.
—¿Qué es eso? —preguntó Alex—. ¿Tu casa, Alana? ¿Acierto?
—Di más bien nuestra casa —respondió suavemente ella —. La de todos nosotros, los seres «zeex».
—No entiendo. ¿Quizás es vuestro palacio presidencial o algo así?
—No disponemos de palacio. No somos una civilización rígida ni autoritaria. Aquí todos tienen su labor y su cometido. Ya te dije que hay buena fe, no existen ambiciones ni egoísmos. No hay delitos. No hace falta sino regir las cosas, más bien por el común bienestar que porque los demás necesiten ser regidos y mandados por nadie.
—Cada vez me llevo una nueva sorpresa con vosotros. Sois la comunidad perfecta, si no necesitáis nada de lo que es imprescindible en los demás órdenes de vida —contempló, intrigado, la edificación circular, el muro o verja de barrotes sinuosos—. Pero entonces, ¿qué significa esa casa circular?
—Entra conmigo y lo sabrás —dijo Alana simplemente, dirigiéndose hacia la verja que parecía no tener puerta de ninguna especie para cruzarla.
Cuando Alana llegó ante ella, a escasa distancia de los barrotes metálicos, color púrpura, Alex observó un curioso fenómeno. De los barrotes pareció brotar una radiación levemente luminosa, unas ondas etéreas que golpearon el cuerpo de Alana frenándola. Pero la joven alargó una mano en un ademán digno de un mago.
Y mágicos parecieron ser los resultados del movimiento, porque los barrotes en forma de sierpe, situados frente a ella, se hundieron en el pavimento/ dejando una puerta o abertura ante ellos que daba acceso a la fachada delantera del edificio circular.
La radiación luminiscente violácea cesó. Alana sonrió volviéndose hacia Alex, que enarcaba las cejas, perplejo, Ella Se dio su explicación:
—No es magia, Alex. No es más que antimagnetismo. Basta emitir con los dedos una carga magnética negativa, que neutraliza la positiva de esa red protectora del edificio. Y el paso está libre. Vamos, Alex»
Entraron. Nada más pisar el umbral de la puerta de acceso a la edificación circular, ocurrió algo a sus espaldas. Alex volvió la cabeza. Los barrotes magnéticos volvían a emerger, hasta rodear por completo la casa redonda.
—Todo vuelve a ser como antes —sonrió—» Bastará otra descarga magnética negativa y saldremos. No te preocupe ese aislamiento del exterior en que nos hallamos ahora.
—Ya veo. Eso nos protege de cualquiera que quiera entraren pos nuestro, ¿no es así?
—Sí, Alex, vamos —dijo ella, sin dar importancia a la pregunta.
Pero había sido un error por parte de la hermosa de cabellos violeta. Y Alex era demasiado astuto, demasiado rápido de mente para no advertir ese error.

Rápido tomó por un brazo a la joven. E indagó, con cierta sequedad:
—Alana, ¿por qué esa precaución? Dijiste que no había maldad ni doblez entre los tuyos... ¿Por qué, entonces, esa barrera de seguridad?
Alana vaciló. Eludió incluso la mirada penetrante del joven. Y habló, evasiva:
—Oh, siempre hay que tomar ciertas precauciones cuando se protege algo de valor, algo que significa nuestra vida... o nuestra muerte.
Se dispuso a seguir. Pero Alex no se daba por satisfecho. Era una justificación convencional.
—No basta —replicó tajante—. No creo que ninguno de vosotros, si sois como tú dices, desobedezca una norma general y entre aquí contra la voluntad de los demás. O todo lo que me dijiste sería mentira, Alana. ¿Es así?
—Alex, ten fe en mí —pidió ella — . Nada de cuanto te dije es mentira.
—Entonces explícame eso. ¿Por qué hay una barrera magnética? ¿De qué o de quién deseas proteger esto, Alana?
Hubo un silencio. Alana no parecía feliz de que él abordase aquel tema. Miró en torno casi con temor. De nuevo aquella rara chispa, aquella luz de pánico, emergió del fondo de las fantásticas pupilas violáceas.
Y súbitamente, ella contestó sintiendo flaquear su tono;
—Alex, eso... eso pertenece a la parte de nuestra vida que vale más que ignores. No debes saberlo nunca..., nunca. Y será mejor para todos... Incluso para ti mismo, Alex.

CAPÍTULO VII
FUENTE DE ENERGÍA

Aun con la advertencia extraña, hermética y a la vez estremecida de Alana en sus oídos, como un eco inquietante y ominoso Alex se movió detrás de la singular mujer del espacio hacia la puerta de la edificación circular.
La puerta se deslizó, hundiéndose en el muro. Un interior luminiscente, de suelo y muros irisados, con preponderancia de resplandores cristalinos, violáceos, extrañamente purpúreos se ofreció ante ellos. Alana, al entrar, pareció sumergirse en el baño de luz opalescente, de un lila fantasmagórico, que jamás ningún pincel había sabido expresar ni crear sobre un lienzo, por delirante que fuese la técnica del color o la imaginación cromática del artista.
—Entra, Alex —susurró—. Ven conmigo.
La siguió. También a él le invadió la luz púrpura. Era como hundirse en ella. Como traspasar los límites irreales de un mundo con otro. Igual que penetrar, por arte de un encantamiento asombroso, de una dimensión ignota, como saltar las barreras de tiempo y del espacio, lanzándose de lleno a una aventura increíble, más allá de todo lo conocido, al reino de unos seres extraños, que habían viajado durante siglos, durante cientos de generaciones, a través de los espacios siderales.

Afana, corno una figura fabulosa en medio de la irisada claridad, se había detenido bajo la luminiscencia que lo invadía todo. Su cuerpo se marcaba, en plata y carne, como sí fuese una estatua de increíble belleza emergiendo de un mundo de maravillas.
Pero no había nada teatral en su gesto. Simplemente, volviéndose a Alex, habló:
—Sígueme. Por aquí, Alex.
La siguió. No hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo. Los pasos suaves y alados de la hermosa muchacha la condujeron hasta una plataforma en el suelo. Una plataforma circular, giratoria, que se movía lentamente. Ella se puso en pie sobre ella e invitó a Alex con una seña. El joven saltó, pisando el círculo metálico y aferrando las manos tendidas de Alana.
El círculo salió disparado hacia el techo en un ascenso vertiginoso que le llevó a penetrar en la cúpula como un proyectil lanzado por una potente columna de magnetismo dirigido, cuya misma potencia impedía que ellos cayeran del círculo. Sin perder siquiera el equilibrio, pero con la embriagadora sensación de haber subido de un salto a las estrellas, Alex se encontró por encima del suelo Plástico moldeable y flexible de la cúpula oval. Sobre él, el techo era curvo y despedía luz púrpura también.
Alana salió del disco giratorio, ahora empotrado en el suelo de la cúpula. Alex la imitó. El disco desapareció de allí, pero siguió girando lenta e incansablemente.
—Mira, Alex — dijo lentamente Alana — . Esa es nuestra máquina suprema, la obra de una civilización con miles de años de progreso. Ahí está basado todo nuestro poder.
No se había equivocado. Alex miró hacia el lugar señalado por ella. Contempló lo que, según ella, simbolizaba todo el poder de los misteriosos «zeex», en su mundo o dondequiera que estuviesen.
Le sorprendió su propia simplicidad, el aire de objeto sin valor, sin utilidad, que se desprendía del mismo. Sin embargo, estuvo seguro de que habla llegado a presencia del ingenio que les hacía fuertes y excepcionales. A la fuente misma de la energía y vitalidad, de las facultades extraterrestres de la raza «zeex», Alana no podía mentir. O aquello no hubiera estado tan oculto.
—¿Sólo esto? —preguntó, admirado a pesar de todo.
—Sí, sólo eso, Alex. Es suficiente.
El joven Hawatt lo contemplaba con aire abstraído. Desde el techo poligonal, faceteado en forma de poliedro y cuajado de luminiscencia violácea, que se descomponía en un iris de colores increíblemente bellos y brillantes, hasta el tubo o proyector de materia cristalina, que apuntaba a una especie de recipiente prismático, igualmente transparente, en cuyo interior se descubría una plataforma o superficie metálica, cuajada de pequeños centelleos, formados por celdillas o piezas parecidas a gemas preciosas.
Tras una larga mirada, se volvió hacia Alana. La estudió en silencio.
—¿Qué os da eso? ¿Luz, energía, fuerza motriz para recorrer el espacio,

ductilidad de la materia de vuestro meteoro, ciudad o lo que sea, para adoptar la forma que deseéis, de acuerdo con las circunstancias? ¿Es eso lo que produce la máquina? ¿O es el sueño de los habitantes de Plastic City situados a nuestros pies, o es la creación de ruidos y de formas que no existen realmente?

—Es un poco de todo eso, Alex —sonrió ella, lentamente—. Esto es la fuente de nuestra energía total. El luxtron, o sistema de luz magnética que nos dota de facilidad para todo lo que has dicho. Y que, a la vez, hace posible que leamos pensamientos como el tuyo, que hablemos lenguajes como el tuyo, que comprendamos a seres como tú... y que podamos aparecer ante ti con una apariencia física como la tuya. ¿Entiendes, Alex?

—Cielos, sí —contempló la forma cristalina con aire perplejo—. Es el ingenio más portentoso que vi jamás. ¿Qué haría la Humanidad con una cosa así en sus manos?

—No sé. Tal vez se emplearía mal, según las manos que la manejasen —objetó ella.

—Probablemente —asintió Alex, sorprendido por la observación—. Sí, vale más que sólo sea vuestro, Alana. Eso encierra menos peligro. Ahora comprendo que lo vigiléis y guardéis tanto» Sí esto fuera destruido... ¿qué seria de vosotros?

—Pereceríamos, Alex. Seríamos destruidos a nuestra vez y todo se haría polvo para siempre. Pero esa máquina también tiene sus inconvenientes, sus limitaciones. Si nosotros permaneciéramos en la Tierra hasta más tarde del nuevo día, posiblemente sería ya demasiado tiempo. Y la máquina perdería la facultad de devolvernos, mediante la luz magnética de radiaciones ultracósmicas, nuestra forma primitiva. Y el que se quedara con esta apariencia humana... humana tendría que seguir siendo y perdería toda facultad sobrenatural.

—Eso quiere decir... que habéis de seguir vuestro viaje por los espacios —musitó Alex.

—Sí. Ya te dije que no sería largo nuestro encuentro —ella denegó lentamente —. No podía serlo, Alex. Ahora lo comprenderás. Yo guío a mi pueblo, me debo a mi pueblo. Y en este éxodo a través de los espacios, debo mantenerme fiel a ellos, a mi raza auténtica... y continuar el viaje. Hasta que un día termine realmente, en un planeta donde merezca la pena vivir.

Otra vez el misterio. Alex intuía su proximidad, casi advertía el aleteo de algo siniestro rozándole al hablar Alana de aquella forma enigmática. Y disparó su réplica:

—Alana, hablas de un éxodo... ¿Por qué? ¿Qué significa ese éxodo? ¿Por qué huisteis de vuestro mundo original... y qué clase de lugar buscáis en el espacio sideral?

De nuevo el miedo en ella. Había hablado demasiado y se daba cuenta de ello. Evadió una respuesta concreta, como hacía siempre que se tocaba el punto candente, oscuro:

—No, Alex. Eso forma parte de lo que debes ignorar. Ignóralo siempre y será mejor. Resultaría horrible que tú y tus semejantes... ¡Oh, no, no¡ Manteneos al margen de ese horror. Es preferible, hazme caso. No insistas. Es un ruego, Alex. Por... por nosotros por nuestra... por nuestra amistad —concluyó, con dificultad, eludiendo mirarle cara a cara, como antes hacía tan audaz y tan profundamente.
Alex respiró con fuerza. Era fácil insistir, acosar a la joven. Pero un ruego de ella resultaba casi sagrado. Lo aceptó. Lo acató de buen grado.
—Perdona —replicó lentamente, en voz baja —. No debí insistir. Sólo quería ayudarte, créeme.
—Te creo, Alex —ella alzó sus ojos violeta, húmedos de emoción, hacia él. Extendió sus dos manos y acarició suavemente la mandíbula del joven —. Te creo... y te doy las gracias de todo corazón. Pero no debo consentir que tú sepas. Saber demasiado es peligroso. Muy peligroso, Alex, te lo aseguro.
Iba a preguntar de nuevo, pero se dominó. Apretó los labios, dando por bueno lo que sabía que no era nada, en relación con aquel tenebroso misterio que ella ocultaba a todo trance.
Dijo:
—Está bien, Alana. El peligro no me asusta por mí... sino por ti y por otros. Sobre ese ingenio maravilloso, magnético, cósmico, ¿es el que transformó y adaptó vuestras materias, uno a uno, para convertiros en aparentes seres humanos?
—Eso es, Alex. Ahí fue donde nos alteraron las moléculas y átomos, sin variarnos la mentalidad, aunque adaptándola a vuestra forma de vida. Y ese mismo mecanismo es el que absorbe, a distancia, vuestros pensamientos, transmitiéndolos en micro ondas de una frecuencia especial hasta nuestras mentes receptoras.
—Un sistema simple, para una técnica fabulosa —aceptó Alex—. Pero imagino que solamente puede tener efecto sobre vosotros. Y si un ser humano se situara bajo esa luz ultracósmica y su poder magnético, ¿qué sucedería?
— No lo sé —Alana se encogió de hombros—. Es una incógnita, Alex. Podría quizás alterar la naturaleza de quien se arriesgara a ello, de acuerdo con los deseos o pensamientos del sujeto de ese experimento. O tal vez no hiciera absolutamente nada. Es un riesgo demasiado grande, ya que el bombardeo de partículas luminosas ultracósmscas incluso podría perjudicar la naturaleza del ser humano sometido. Jamás se intentó la prueba y espero que nunca sea preciso intentarla...
Alex se sentía, fascinado. Ahora lamentaba no haber estudiado más a fondo las cuestiones del espacio, para poder hablar con la prodigiosa criatura del cabello violáceo sobre los enigmas eternos de los cielos. Pero, aun así, aun siendo un profano en temas del espacio, asentía maravillado, entre incrédulo y hechizado, a la portentosa lección de desarrollo, de ciencia, de dominio de las fuerzas misteriosas y ultrapotentes de un lejano Cosmos por una auténtica superraza de insólitas características físicas, mentales y espirituales.

CAPÍTULO VIII
EL FACTOR DESCONOCIDO

Lentamente, volvieron al exterior.

Tras de Alana y Alex se cerró la barrera magnética de barrotes serpenteados, rematados por bolas metálicas de carga magnética positiva. El edificio circular, con su secreto vital de los poderes de la raza «zeex», quedó atrás, en la noche extraña y diferente de la ciudad llegada de los espacios.

Avanzaron a paso lento por una amplia acera, cruzándose con gentes sonrientes, algo mecánicas pero de aparente buena fe, que saludaban deferentemente a Alana. «Elfos» se conocían entre sí, sabían quién era Alana, reconocían en ella a su primera autoridad. Y Alex sólo apreciaba en ellos un sentido de simpatía, de respeto, de cariño.

—¿Qué te ocurre, Alex? —musitó ella de pronto—. Estás silencioso. No hablas desde que hemos salido de la casa.

—Pensaba, Alana.

—¿Pensabas? ¿En qué?

—Tú sabes leer los pensamientos —sonrió él suavemente—. ¿No eres capaz de advertir ahora lo que pienso?

—No —ella frunció el ceño graciosamente—. Es curioso. Espera...

Se concentró. Finalmente, asintió.

—Sí, ya veo ahora... Pero tuve que concentrarme mucho. Pensabas en mí, en mi marcha de tu planeta antes del amanecer.

—Eso es, Alana. ¿Por qué has de marcharte? ¿Por qué he de perderte tan pronto?

—No puedo evitarlo. Está por encima de mí y de mis deseos. Debo marchar, todos debemos marchar, a fin de cuentas. Ya has visto ahora mismo lo ocurrido; he perdido la facultad de leer en tu mente. Al menos, ya no me es fácil. A medida que transcurriese el tiempo, iría dificultándose más y más hasta que ya no me sería posible establecer contacto telepático contigo. Y eso significaría que me habría convertido en un ser humano vulgar, que mi materia, adaptada por el bombardeo magnético-ultracósmico, se habría fortalecido como tal, y pertenecería a tu especie. Eso no puede ser. No podría continuar con mi gente. Y ya sabes que ellos necesitan que alguien los dirija. Estoy obligada a ello. No tengo ningún derecho a quedarme aquí, a ser una más de tu planeta.

—Tienes razón. Ni yo tengo derecho a pedirte tal cosa. Además, ¿qué podría ofrecerte yo, a cambio de eso? Soy un hombre fracasado, un derrotado por la vida y por mis propios enemigos. He querido ser honesto, ser leal con mis semejantes, revelar la maldad de los demás. Y eso no se puede hacer. Mi raza no es la tuya. No hay buena fe. Y si la hay, está tan oculta, que apenas si asoma a la superficie de los hombres. Soy débil. Física y moralmente. Si

pierdo estas gafas, no veo más allá de mis narices. Como hombre de ciencia, no valgo gran cosa, ni me hacen caso los demás. No tengo dinero, ni medios, ni amistades... Sería una locura renunciar a tu propio destino por quedarte aquí..., donde So perderías todo de golpe.
—No me Importaría nada de eso, Alex —dijo ella—. Renunciaría a todo gustosamente... por ti.
—¡Alana!... No puedes hablar en serio.
—Claro que sí. No sería hipócrita por nada del mundo, Alex. Todo estaría perdido en buena hora para mí, si a cambio de ello estuvieras tú. Pero mi gente ha de hallar su nuevo planeta, el lugar donde pueda vivir en paz. Y yo tengo que llevarlos hasta él, está decidido. Si no soy yo, será quien me suceda, otro de los nuestros, con dotes de mando, y con sentido de su responsabilidad ante la raza. Pero es necesario hacerlo. Si tú supieras, Alex, lo entenderías mejor. Pero ya te dije que...
—Sí, me dijiste que era mejor no saber nada. Que puede ser peligroso —replicó él —. No sé a lo que te refieres, no sé qué es lo que os asusta, lo que os impulsa a huir a través de todo el Cosmos. Pero, sea lo que sea, lo destruiría por mí mismo, si ello fuera posible, con tal de ganarte a ti. O de tener, por lo menos, una remota posibilidad, una leve esperanza.
Ella negó con un movimiento de cabeza. Dijo fatalista, con sencillez impresionante:
—No, Alex. No hay esperanzas, no hay posibilidad alguna. Será mejor que olvides eso. Piensa en ti mismo; dentro de unos minutos pasará el aerovía por la estación de Plastic City. Esa estación, igual a la del monoraíl, está intacta, fuera de la «envoltura», para impedir que nadie denuncie la desaparición de la ciudad completa. Ve allí. Yo te guiaré hasta ella. Y sigue el viaje hacia tu punto de destino, antes de que nosotros reanudemos la marcha, antes de que las gentes de Plastic City despierten de su sueño sin saber nada de lo ocurrido, y todo esto termine..., para no volver a suceder jamás.
—Solamente yo, entre millones de seres vivos, sabré que ha sido cierto, que ha ocurrido —murmuró Alex.
Alana asintió:
—Sí, solamente tú.—Y andando el tiempo, cuando hayan transcurrido años y años, llegaré a olvidarlo..,, o a pensar que no fue verdad. Que lo soñé o lo imaginé...
—Ocurrirá así. Ocurre siempre con las cosas que suceden tan de prisa..., y se van sin dejar huella.
Alex dijo:
—Te engañas. Quedará una huella en mí: tú, Alana.
—Una huella que se borrará pronto —sonrió ella, amargamente—. Como impresa en la arena, o en la orilla de un mar.
Alex no respondió. Tal vez fuera así. Pero no; él sabía que eso nunca sería así. No olvidaría nunca a Alana. Nunca, por muchos años que viviese. La bella muchacha de los ojos violetas y el cabello púrpura permanecería por siempre

en su mente, en su corazón, en sus recuerdos.
—Está bien —dijo finalmente, con voz ronca —. Me iré, Alana. Guíame. Me marcho a la estación del aerovía. Tal vez sea lo mejor. Después de todo, esto sólo fue una estación de enlace en un viaje vulgar.
Ella asintió en silencio. Siguió caminando, ahora en una dirección concreta. Alex la acompañó con la cabeza baja, la vista perdida en el asfalto plastificado de la ciudad del espacio.
Era el fin. Tenía que hacerse a la idea. El fin de su encuentro con los seres de más allá del espacio conocido. El fin de una amistad imposible entre seres de diferentes galaxias. El fin de un amor que ni siquiera había llegado a empezar.

* * *

Allí estaba fa estación del aerovía. Desierta, erguida. Una torre blanca, cuadrangular, de muros vítreos, con dos andenes elevados a la altura a la que solían pasar los aerovías, naves sin almas, propulsadas por reactores nucleares.
Era uno de los pocos edificios de la auténtica Plastic City visibles junto a la ciudad extraña. La estación del monoraíl y aquella otra, en las afueras, en una plaza amplia, desierta, donde solamente se levantaba la torre de la estación y un cobertizo blanco, destinado a cochera de vehículos de la Aerovías Limited.
—Bien, ahí está tu destino —susurró lentamente Alana, señalándole la torre blanca, de muros cristalinos, en los que las estrellas se reflejaban tenuemente, como brillantes sobre el terciopelo negro de una joyería fabulosa — . Ahora..., adiós, Alex.
—Adiós, Alana —la miró largamente antes de consultar su reloj. Parecía mentira que el tiempo hubiese transcurrido tan rápidamente. Dentro de uno, de dos, máximo de tres minutos, el aerovía pasaría rumbo a California, al Oeste. El subiría al vehículo y se alejaría de allí, junto a otros viajeros que jamás sospecharían, ni remotamente, lo sucedido en la estación que se quedaba atrás—. No hay esperanzas de volver a vernos de nuevo, ¿no es cierto?
—Así es, Alex —suspiró Alana—. Ni una sola esperanza... Por eso te digo adiós.
Alex se inclinó súbitamente. Tomó a Alana entre sus brazos, la atrajo hacia sí, la estrechó con calor y puso sus labios sobre los de ella.
La hermosa muchacha del cabello violeta vibró bajo la presión. Le devolvió larga, cálidamente, el beso apasionado.
Aún estaban estrechamente abrazados cuando Alex sintió aquel viento ardiente. Fue como un ramalazo de fuego, un repentino soplo abrasador, que agitó los cabellos de Alana.
Ocurrió algo insólito. Mientras él alzaba su rostro, sorprendido por el fenómeno, Alana se apartó de él y giró la cabeza, con un ronco grito de horror. Crispó sus manos sobre los brazos de Alex y exclamó, súbitamente

lívida su bella faz:
—¡Dios mío, Alex! ¡Ya están ahí! ¡Han venido! ¡Han venido... a destruirnos! —con un nuevo grito se soltó de Alex y echó a correr hacia el interior de la ciudad —. ¡Adiós para siempre; Alex!
—¡Alana! ¡Espera! ¡Espera aún! —gritó Alex, corriendo tras ella, sin salir aún de su sorpresa.
—¡No! —ella se detuvo un instante, volvió la cabeza y le miró con horror, extendiendo su mano crispada —. ¡No vengas conmigo! ¡No te muevas de ahí, espera tu aerovía y vete!
—¡Alana!
—¡Vete, Alex! ¡Es un ruego..., una orden! ¡No debes venir! Deja que yo me enfrente a mi destino, ¡pero no te quedes a verlo! ¡Vete, por Dios!
Hubo otro soplo de aire caliente. Parecía venir de la ciudad, del centro mismo de la misteriosa metrópoli llegada del espacio. Agitó los cabellos de Alex y envió contra su rostro polvillo del suelo, fino polvillo blancuzco que empañó sus gafas.
Se limpió los cristales, angustiosamente, viendo alejarse a Alana en dirección al interior de la ciudad. El soplo cálido parecía llegar de más allá de todo lo conocido. Alex sabía que no era un viento normal. Era algo épico y terrible a la vez, como el soplo mismo de los siglos y de la eternidad, en un viento infernal, lanzado a barrerlo todo.
Se estremeció, pese al calor seco y cortante de aquel aire del infierno. Miró la ciudad, miró a Alana, indeciso, sin saber qué hacer. Entonces, a su espalda, sonó un largo zumbido. Se volvió.
El aerovía llegaba ya. Blanco, deslumbrante, rápido y confortable. Estaba entrando en el andén primero de la torre blanca. Pararía treinta segundos, quizá un minuto. Si nadie subía, continuaría adelante.
Alex volvió a mirar a la ciudad. Ya no veía a Alana. El viento aquel aullaba por las calles de la población edificada por los seres del meteoro púrpura. El joven se decidió.
Como ella dijera, era «su» destino, no el de él. No podía hacer nada por influir en la vida y en los destinos de Alana y de su gente extra terrestre.
Corrió entonces al aerovía. La banda automática ascendente y descendente funcionaba. La luz roja, indicadora de que el aerovía acababa de detenerse en su andén correspondiente, acababa de iluminarse. Subió con celeridad.
Cuando alcanzó el andén blanco y bruñido, donde el gusano de luz y metal del aerovía esperaba la llegada de algún viajero; faltaban pocos segundos para la marcha del vehículo ultrarrápido. Nadie había descendido de él.
Alex miró a lo largo de todo el andén desierto y silencioso, con la excepción del zumbido de turbina en reposo del aerovía. Se movió hacia la puerta del tren aéreo.
¿Tenía que abandonar a la muchacha?
Allí estaban sus maletas, las dos maletas perdidas en la ciudad. Un empleado las estaba colocando dentro. Era un funcionario uniformado que se volvió,

mirándole con una sonrisa.
—¿No sube usted, señor? Va a salir ya. Y el aerovía nunca espera a nadie...
Alex asintió, moviéndose hacia el convoy. Sonó el zumbido prolongado de aviso. Iba a partir. Alex puso un pie en el estribo y se dispuso a entrar. La puerta deslizante del vagón empezó a cerrarse, cerrándose ya...
—Vamos, señor, suba —le apremió el empleado—. Ya nos vamos...
Miró al interior, a los hombres y mujeres que dormitaban en los confortables asientos, reclinados hacia atrás, bajo las luces tamizadas del vagón.
Era lo cotidiano. Como volver de un terreno de magia, a la realidad tangible, a lo monocorde y aburrido de cada día. Era... no ver nunca más a Alana, víctima y esclava de su destino, conductora de la raza de otros mundos y de otra galaxia.
Retrocedió. El empleado le avisó, alarmado. Incluso un par de viajeros, menos somnolientos, volvieron la cabeza, intrigados. Pero ya Alex había caído en el andén de la torre del aerovía. La puerta metálica del convoy se cerró herméticamente. Tras su mirilla circular de vidrio, el rostro del empleado del aerovía fe contempló, alarmado. Se tranquilizó al verle indemne. El aerovía arrancó, con un rugido de sus turbinas. Era cierto. Nunca esperaba.
Se alejó vertiginoso. Su luz se perdió en la noche, como una estrella más, camino del horizonte. Alex Hawatt se quedó solo en el andén desierto, bajo los astros de la noche, al pie de la blanca torre de Plástico y cristal.
Había vuelto al terreno mágico, había renunciado tácitamente a la realidad, a lo que le pertenecía a él. Se volvió lentamente y miró hacia la ciudad del espacio.
El viento había cesado. Ya no se advertía su azote cálido en la piel. La noche parecía más serena, más apacible que antes. Alex, por un momento, temió que, al abandonar el aerovía, la magia hubiese terminado. Y con ella, la ciudad del espacio.
Pero no. La extraña metrópoli continuaba allí. No se percibían ruidos, ni música, ni movimiento. Incluso había dejado de percibirse el ulular del viento ardiente en sus calles.
Descendió de la torre. Caminó de nuevo por el sendero Plástico y ascendió a la colina o loma simulada por la ciudad que envolvía a otra ciudad, habitada ésta por apacibles durmientes.
Así volvió al Interior de la ciudad de Alana.
Seguían brillando las luces, parpadeaban los luminosos, como ojos de luz en la noche. Pero no había música, ni voces, ni tráfico. También las luces se iban apagando, observó. Cada vez había menos. Las calles iban oscureciéndose, tomando su color púrpura de antes.
Creyó comprender. Volvía a formarse el meteoro, a desaparecer todo con él. Incluso Alana. Pero sus palabras, al silbar aquel viento extraño, se quedaban en el misterio. Había parecido tener miedo de algo. Otra vez su indefinible y extraño terror... ¿Por qué?
Avanzó lentamente ahora. Miró más detenidamente las calles. Aquello..,

aquello que flotaba en el suelo como amasijos de algodón, como jirones de ropa o algo así...
Se apresuró. Inclinóse junto a uno de los extraños objetos que se movía, a impulsos de la brisa nocturna. No, no era algodón... Era algo... Materia. Materia parecida... parecida a un rostro humano.
Estremecido, aguzó la mirada. Quizá sus gafas Se jugaban una mala pasada.
No, no cabía duda. Veía muy claramente. En realidad, era como una cabeza. Pero no de carne y hueso, sino de una materia tenue, ligera, que se iba haciendo transparente, debilitándose, convertida en vapor, en simple humo... Un rostro se diluía, se hacía niebla, luego desapareció.
Alucinado, levantó la cabeza. Caminó un poco más. Al doblar una esquina tropezó con otro objeto similar, pero mucho más voluminoso, más alargado..., un cuerpo humano... Un cuerpo humano que también se disolvía.
— ¡Dios mío! —jadeó, muy pálido, retrocediendo dos pasos —. Ahora entiendo... «Ellos» vuelven a su estado original, a su propia forma y materia... Se disuelven... Se disuelve su apariencia física.
Otros cuerpos, aligerados por aquella desintegración, vaporización o lo que fuese, aparecían en las aceras, en las calzadas, a medio salir de los vehículos fingidos por la energía prodigiosa de los «zeex».
Alex se sorprendió al darse cuenta de un detalle. Los cuerpos se diluían, igual que las luces. Todo iba tomando un tono sombrío, oscuro, a medida que se apagaban los rótulos en la ciudad silente, donde los cuerpos se hacían vapor y luego desaparecían. Pero, en cambio, lo demás continuaba inmutable.
Giró la cabeza hacia una cercana calle en sombras. Sin saber por qué, había sentido la rara impresión de que lo miraban, de que unos ojos demoníacos y crueles le espiaban desde la oscuridad.
Respiró con fuerza. Y recordó algo que dijera Alana al partir: «Deja que yo me enfrente a mi destino, pero no te quedes a verlo. Ya están ahí. Han venido a destruirnos».
¿Quiénes habían ido a destruirles? ¿De dónde? ¿Avisó a la muchacha aquel viento ardiente de ese peligro que siempre habían parecido temer? ¿Era aquello lo que les hizo rodear su edificio de la Energía con la barrera de sierpes magnéticas? Y en ese caso, ¿era el peligro algo relacionado con el viento cálido? ¿Era su obra la destrucción, la evaporación de los fingidos seres humanos que fueran los semejantes de Alana?
Alex no sabía nada de nada. Pero sospechaba muchas cosas. Sus razonadas teorías, sus deducciones, le llevaban a una conclusión.
La ciudad del espacio no estaba transformándose de nuevo para emprender su viaje espacial. Sencillamente, el horror que ellos temían, el factor desconocido y enigmático que tanto miedo causaba a Alana... estaba allí. Y estaba aniquilando todo... y a todos.
—¡Alana! —gritó roncamente, casi con un gemido. Miró a un lado y a otro —. ¡Alana!...
Repitió el nombre una, diez, cien veces con angustia creciente. Nadie

respondía. Volvía a ser una ciudad silenciosa, muerta. Pero ahora muerta de verdad. El azote llegado de alguna parte les había aniquilado. Algo, algo de lo que huyeron ellos a través del espacio, a través de planetas y galaxias. Esa era sin duda la razón de su éxodo. Pero el enemigo mortal y terrible había viajado en pos de ellos, había llegado con su viento abrasador y ahora solamente restos de apariencia humana, simples vaporizaciones de los «zeex» era todo lo que quedaba en la ciudad fantástica.
Y Alana misma... Alana sería un residuo vaporizado, en disolución...
Lanzó un grito desgarrado. Una furia terrible le invadió. Una furia quizás impotente contra aquel poder mortal y enigmático que acechaba en la sombra, que aniquilaba civilizaciones, mundos y seres.
Se lanzó a la carrera a través da la ciudad. A su paso, el aire que él mismo levantaba con su carrera, agitaba, como simples volutas de humo o como algodonosas formas sin peso, los restos de cuerpos dispersos por las calles.
Evocó un cuento de su infancia. Una vieja y pueril historia de una bruja que, con unas tijeras, destruyó a todo un pueblo de muñequitos de papel dejando los recortes por las calles, flotando sin vida.
Sólo residuos vaporosos, diluidos, que a veces terminaban por convertirse en una última voluta de humo ante él» Apretó los labios con furia. Miró ante sí, descubriendo el edificio circular, rodeado por la verja de barrotes magnéticos.
Allí se ocultaba la energía de Alana y de su gente. La Energía poderosa y terrible de la raza «zeex», que ellos jamás usaron para el mal. Se estremeció al pensar que aquel azote cósmico podía utilizarla tal vez para dominar la Tierra, después de aniquilar a los «zeex». Todo podía suceder con aquella energía. Y con aquel enemigo alucinante.
Se lanzó hacia la barrera. Una sacudida de horror le alcanzó cuando descubrió que la puerta franqueada por el magnetismo negativo de Alana, había sido abierta ya. El paso al interior del poderoso edificio estaba libre. Libre para él..., pero antes ya lo había estado para otros.
Quizá Alana estaba dentro. O quizá la habían exterminado ya, penetrando allí los monstruos desconocidos. Resueltamente, Alex se lanzó a través de la abertura y llegó al interior del salón de luz púrpura. Había otra plataforma giratoria que por magnetismo elevaba a los que la pisaban a la cúpula de la Energía. Se situó sobre ella.
La plataforma circular salió disparada con Alex sobre ella. Hendió el techo, emergiendo en la cúpula, bajo el techo curvo, ante el extraño mecanismo cristalino donde se almacenaba la energía capaz de matarlo todo, según la voluntad de sus dueños.
Entonces descubrió a Alana. Y entonces, también, los vio a ellos. A los terribles y crueles enemigos cósmicos de los «zeex».
—¡Alex! —gritó ella con horror infinito—. ¡Oh, no, no! ¡Vete de aquí! ¡Vete, antes de que sea tarde! ¡«Ellos» van a destruirte como han destruido a mi pueblo, como lo destruirán todo allí donde vayan!...
Alex contemplando a los aniquiladores del espacio comprendió que Alana

tenía razón. Y ya se dirigían hacia él para destruirlo.

CAPÍTULO IX
EL SUPREMO ESFUERZO

Eran horripilantes en su misma sencillez, Entes sin sensibilidad, meros destructores, voraces exterminadores de vida inteligente...

Parecían plantas, pero no lo eran. Poseían la forma alargada, aplastada, de ¡as hojas tropicales, cubiertas de una capa espinosa. También hubiesen podido pasar por peces. Peces negros, grisáceos algunos, que batían el suelo con un clap clap horrible, a medida que reptaban o se deslizaban con increíble velocidad. Emitían un aire caliente, pegajoso y húmedo, y entre la peluda y espinosa película vegetal que cubría su forma plana, a ras del suelo, era visible un único ojo, una forma oval, cristalina, de globo amarillo y pupila blancuzca, que miraba fija, malignamente.

Alex recordó la impresión …, las calles... Muchos ojos como aquél se habían fijado en él en el exterior. Ojos malévolos, crueles, inteligentes. La ciudad entera debía de estar invadida de tales monstruos, pequeños y feroces.

Alana, acorralada contra el muro al fondo de la cámara de Energía, aparecía rodeada por una masa de aquella especie de placas oblongas, vivas y malignas. Una columna de éstas se alejaba del grueso de atacantes para abalanzarse sobre Alex Hawatt.

Alana había entrado allí a destruir el conducto de energía, era evidente. Pero los monstruos pequeños habían conseguido bloquearle el paso al prisma cristalino de la fuerza ultra- cósmica, impidiendo su maniobra y quedando en pocos segundos dueños absolutos de la situación.

Sus ojos, dilatados por el horror, se fijaban en Alex. Su voz temblorosa de pánico llegó hasta el joven:

—Alex, por Dios... ¿Por qué no te marchaste? ¿Por qué tuviste que quedarte aquí? Ahora moriremos los dos. Estos monstruos son los enemigos que te dije. Por eso huimos de nuestro sistema..., adonde «ellos» no pudieran llegar. Pero me equivoqué. Llegan adonde quieren, lo destruyen todo. No tienen alma ni bondad. Sólo inteligencia, odio y ferocidad. Proceden de un vegetal enorme, gigantesco, que viaja por el espacio. Una semilla de otros mundos. El vegetal central de donde proceden esta especie de «hijos» o criaturas horribles está oculto en la ciudad. Es el que produce miles y miles de pequeños monstruos, tantos como desea. Sólo destruyendo ese vegetal central, el productor o creador, se acabaría con el azote cósmico. Pero es imposible, Alex, imposible. Ahora, todos vamos a perecer aquí..., y la Tierra entera será de «ellos».

Alex no respondió. Estaba contemplando, como fascinado, la aproximación de la masa de placas vivientes, a ras del suelo, igual que si fuesen hojas de una multiforme, dividida y maligna planta carnívora. De súbito, hizo dos cosas que sorprendieron por un igual a Alana y a los monstruos vegetales.

Descargó un puntapié formidable que levantó del suelo y lanzó por los aires a varios de los planos, oblongos, seres peludos. A la vez, saltó con una agilidad formidable, que fue muy bien ayudada por la longitud de sus piernas y la destreza de Alex en acciones así.
Logró salvar la densa hilera de placas vivas que le separaban del prisma vidrioso y del proyector de energía ultracósmica y magnética. Cayó junto a la cabina de bombardeo ultracósmico y, antes de que sus diminutos y feroces enemigos pudieran evitarlo, el joven abrió la puerta de cristal. Un nuevo puntapié lanzó por el aire a otros varios monstruos. Entró de un salto en fa cabina y la cerró, aplastando a dos vegetoides con la puerta y pisoteando brutalmente al único que había logrado colocarse en pos de él. No le destrozó, pero logró alcanzarle su único ojo con el tacón de su zapato, y el animal, vegetal o lo que fuese, se enroscó como una oruga golpeada haciéndose un bulto rugoso e informe, en un rincón de la vítrea cabina.
Después, Alex apretó un resorte sin desviar los ojos de Alana, acorralada por los monstruos diminutos, de quienes se defendía furiosamente con sus pies, imitando a Alex. Los ojos de la hermosa muchacha de cabello violeta habían mirado a Alex, en mudo mensaje. El había logrado captar su expresión al fijarse en el resorte. Y por eso lo presionó enérgicamente.
El resultado fue instantáneo. Un chorro de luz púrpura, centelleante y cegadora, brotó del tubo cristalino e inundó la cabina de vidrio donde Alex se encerraba..., y éste se sintió como sumergido en un mar de luz y de fuego, que no le quemaba ni molestaba.
Una sensación de infinito bienestar, de reposo, de calma y serenidad física y mental, lo invadió. Flotó en algo liviano, alado, increíblemente suave y elevado. Era como hallarse en el mismo espacio, en el vacío, sin peso, sin presión, sin obstáculos...
La sensación duró segundos. O acaso siglos; no lo podía saber.
Luego, el rayo luminoso púrpura se apagó y Alex encontróse tal como estaba anteriormente, en la cabina de cristal, frente a Alana, frente a los monstruos horribles, frente al horror de una lucha perdida de antemano.
Ignoraba las consecuencias de lo que había hecho. Afana le dijo anteriormente que no podía saber qué efecto haría la energía ultracósmica inyectada en una naturaleza terrestre. Pero, de cualquier modo, lo había intentado; era mejor que nada.
Sacudió la cabeza, aturdido tras el baño de luz, procurando adaptarse a la luminosidad normal Entonces se le cayeron sus gafas al suelo. Con una imprecación se inclinó. Estaban rotas, los cristales se habían quebrado por el choque.
Sintióse desalentado. Miró a Alana, que cada vez se veía más y más acorralada. Era cuestión de segundos que los vegetoides vivos les absorbiesen, la redujeran a simple vapor, de la forma que ellos lo hacían con toda forma viva de la raza «zeex».
Entonces comprendió que algo raro sucedía. Sus gafas se habían roto..., pero

él veía igual que antes. No necesitaba gafas... ¡Veía como cualquier otro, sus ojos habíanse fortalecido bajo la luz ultracósmica, recuperando su potencia original!
Lanzó un rugido de júbilo. Si eso era posible con los ojos, acaso sus músculos... Se inclinó y aferró la forma enrollada del ente vegetoide. Le hincó los dedos y tiró de él. Fue impresionante.
La forma del vegetoide oblongo se desgarró, se hizo añicos, se disolvió en tejidos grises y un humor denso y viscoso... Un chillido raro brotó del cuerpo destrozado.
Al chillido, todos los entes que rodeaban a Alana se volvieron. Olvidaron a la hermosa muchacha de cabellos violáceos para lanzarse a una sobre Alex. Este abrió la puerta de la cabina prismática y se encaró con ellos resueltamente.
— ¡Alex, cuidado! —gritó ella, angustiada.
Alex tuvo mucho cuidado. Pero se enfrentó al enemigo feroz y denso, convencido de que la energía ultracósmica había hecho efecto en él. No sabía concretamente hasta qué punto, pero era otro Alex Hawatt, fuerte y poderoso, quien se encaraba con los vegetoides cósmicos.

* * *

Alana no parecía dar crédito a sus ojos. Las formas oblongas, planas, eran trituradas, dispersas, por los puños ciclónicos de Alex, por unas manos que, súbitamente, parecían de acero, con tendones de bronce y músculos de hierro.
Alex era ahora un titán, un cíclope asombroso, sin gafas ni aspecto débil. Un auténtico coloso, aniquilando, aplastando monstruos pequeños. Estos subían por sus piernas, se adherían a su cuerpo, a su rostro como ventosas, como siniestras sanguijuelas, pero nada podían. Era como pegarse a un muro de metal. Caían, desprendidos, o Alex mismo los desprendía, a manotazos, aplastándolos luego brutalmente.
Un chirrido continuado, horrible, se dejaba oír. La plaga de monstruos diminutos se sentía acobardada bajo el azote que representaba ahora Alex. Pronto sólo quedaron unos cuantos, dispersos y asustados, que iniciaron la fuga. Alex les alcanzó aplastándoles, disolviéndoles en fragmentos de tejidos y pulpa viscosa.
—¡Cuidado, Alex! —avisó Alana de nuevo—. ¡En la calle..., creo que hay muchos más... y quizás el propio reproductor vegetal!
Alex miró a Alana con sonrisa firme. Habló enérgicamente;
—El experimento resultó, pequeña. Un humano, sometido a esa forma de energía, se convierte en un superhombre. Sus tejidos se fortalecen. Voy a exterminar a tu enemigo. ¡Y para siempre!
—¡No, Alex! ¡No podrás enfrentarte al Vegetal Supremo! ¡Es demasiado grande y poderoso!
Alex no la escuchó. Lanzóse vertiginosamente abajo, en una de las

plataformas rodantes. Se encontró en el salón púrpura, donde aniquiló a cientos de pequeños vegetales que entraban en formación, luego dispersó una columna, dos…, al pisar la calle, se estremeció.
Eran demasiados. Surgían de todas partes. Acaso un millón, dos, quizá tres, de formas oblongas, de placas vegetales vivientes, se movían en alud hacia él, lo cubrían todo. .
Desde el fondo de una calleja, un único ojo maligno, amarillo y gigantesco, se fijaba en él como la plasmación viva de una maldición infrahumana, supernatural.
Intuyó que era el Vegetal Supremo, la forma viva, reproductora, que viajaba a través del espacio en pos de los «zeex», para destruirles, para acabar con su existencia..., y también con las de las razas de los mundos adonde llegara en su persecución.
Y resueltamente, tomó su propia decisión. Luchar y luchar con millones de entes diminutos no conduciría a nada. Debía atacar al reproductor, al auténtico germinador de la semilla maligna.
Saltó entre los miles, los millones de seres. Los apartó de sí a manotazos, los trituró con sus pies, con sus puños... Se abrió paso, avanzó más y más hacia la calle oscura.
El Vegetal Supremo salió a la luz. Había advertido su intención. Y aceptaba el choque.
Por un momento, los dos enemigos se contemplaron. Alex tembló de horror ante el colosal, ingente enemigo de los espacios.

CAPÍTULO X
UN HOMBRE REGRESA

El Vegetal Supremo era una especie de planta carnívora, con hojas punzantes, de cactus, a guisa de brazos movibles. Su tronco, verde-gris, velludo y áspero, soltaba unos corpúsculos o pequeñas costras negruzcas que, al tocar tierra, se convertían en las placas vegetales dotadas de vida.
¡Eran sus terribles hijos!
En el centro de su parte superior o macizo vegetal, formado de hojas dentadas, movibles, en un latido o convulsión que denotaba vida orgánica, se abría aquella especie de ojo ovalado, amarillo fijo y horrible, que acusaba la presencia de una inteligencia, de una mentalidad implacable y helada. >Sus movimientos, los latidos de sus anchas hojas vegetales, emitían un aire cálido. El mismo viento abrasador que ya una vez sintiera Alex, como mensaje infernal de destrucción.
Era un duelo a muerte, el encuentro de un simple ser humano, con una titánica fuerza inhumana, llegada del espacio exterior, de más allá de todo lo conocido.

Extendió su anchas hojas punzantes espinosas, que levantaron un soplo ardiente en torno a Alex. Este eludió el trallazo y saltó sobre las hojas vegetales. Pero una le aferró. Serró sobre él como una planta carnívora inmensa. Sintió que las púas penetrantes como puñales, entraban en su carne. Un vaho viscoso, cálido, de la forma viva del vegetoide interespacial, le hirió el olfato, revolviéndole en nauseabunda reacción.
Las púas le herían, le dañaban. Súbitamente, las manos de Alex, como fieras tenazas, se hincaron en el cuerpo del vegetoide. Luego tiró con todas sus fuerzas.
Los tejidos verde-grises se rasgaron como papel. Un líquido negruzco brotó, con su chirrido largo, terrible, del ser vegetal. Se aflojó la presión. Rápidamente, Alex subió por su tronco, despreciando la nauseabunda y pegajosa proximidad de las placas vivientes que se desprendían de la monstruosa planta.
Alcanzó la masa central o núcleo de hojas endurecidas, latentes... El ojo enorme, grande y horrible, le miraba cruelmente, muy cerca de él.
Luego brincó, describió una cabriola inverosímil y cayó justamente al borde del párpado gigantesco de aquel ojo inmenso y atroz. Su humor, su pupila colosal, le pareció una masa de vidrio pegajoso. Rápido, cargó sobre ella, sepultó sus puños allí golpeando con toda la fuerza titánica, devastadora, que le diera la energía ultracósmica. A la vez, rasgó, tiró de la película vítrea de aquel ojo demoníaco.
El resultado fue sencillo» Y aterrador.
Un chirrido estremecedor, largo y terrible, lo sacudió todo. Era como el aullido de muerte de un cíclope, de un titán sobrehumano. Luego, del ojo perforado, rasgado como simple celofán, saltó un chorro de blanco humor, de amarillenta masa líquida. Y el Vegetal Supremo empezó a caer, a derrumbarse, herido de muerte, como un ser mítico, en su único punto vulnerable.
—¡Triunfé! —aulló Alex, saltando al suelo, entre las hojas y tronco del vegetal destruido—. ¡Ahora, muerto el Vegetal Supremo, ningún otro corpúsculo viviente podrá surgir, y los demás morirán, aislados de su cuerpo materno!
Era cierto. Los millones y millones de corpúsculos, que se habían vuelto hacia donde Alana apareciera poco antes, en la puerta del edificio circular, se retorcían ahora como si les faltara el aliento, la vida prestada de su núcleo central, ahora agonizante. Y los vegetoides que estaban en proceso de formación en el tronco velludo del cuerpo inmenso, caían sin vida, como fruta podrida de los árboles.
—¡Alex, lo lograste! —gritó Alana, triunfal, corriendo hacia él—. ¡Lo conseguiste tú! ¡Has vencido al enemigo invencible, has hecho lo que nadie hizo, en parte alguna del Universo! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Alex, eres un héroe!
Se lanzó en sus brazos, corriendo a través de los ya inofensivos vegetoides

que se retorcían en las calles de la ciudad del espacio. Alex la abrazó y murmuró:
—Lástima que sea demasiado tarde para devolver la vida a los que cayeron, Alana.
—No todos murieron. Los vegetales del espacio sorprendieron a muchos, sí. Tú los viste, aniquilados por su calor corrosivo. Pero otros muchos están ocultos. Ahora saldrán a darte también las gracias, a conocer a su salvador.
—¿Y después, Alana? ¿Qué ocurrirá después?
—Tú lo sabes —musitó ella, inclinando la cabeza—. No puedes pedirme, en pago de tu hazaña, que me quede contigo. Sigo debiéndome a lo que queda de mi pueblo. Ahora que vencimos al monstruo que nos expulsó de nuestro mundo, que nos persiguió a través de todos los mundos, durante siglos enteros tal vez podamos volver a Zeex, nuestro lejano planeta. Yo debo volver... salvo si tú me obligas a quedarme, como justo premio a tu gesta.
—No, Alana. No pido premios ni recompensas. Y mucho menos, con sacrificios — Alex la oprimió contra sí cálidamente—. Me bastará con saber que tú y los tuyos estáis a salvo de todo peligro. Eso endulzará el vacío de mi vida.
—Alex, desde ahora serás un hombre poderoso y fuerte —susurró ella —. No necesitarás tus lentes nunca más. Podrás destruir al que te cause daño, sólo con mover un dedo. Los efectos ultracósmicos en ti tardarán cientos de años en desaparecer. Muchos más años de lo que dura una vida.
—¿Y qué importa eso? —Alex se encogió de hombros. Lo que haré es poner esa fuerza, ese poder, a contribución de los que lo necesitan, de los débiles, de los oprimidos, contra las injusticias y ruindades que merezcan un escarmiento. Y daré gracias a Dios cada día porque pueda ver sin lentes y porque me sea posible ayudar a los débiles. Rezaré por ti, Alana, por los tuyos.
—Oh, Alex, qué bueno eres —se inclinó y le besó larga, dulcemente—. Desde allá lejos, desde mi lejano mundo... pensaré cada día en ti. Y también pediré a Dios por ti, porque tu recuerdo hacia mí nunca se borre.
—Puedes estar segura, Alana, de que Dios te escuchará. Y tu recuerdo vivirá siempre en mí para formar lo más hermoso y más amargo, a la vez, de mi existencia en el mundo.
—Alex, ahora llega nuestra hora de partir, si queremos volver a nuestro lugar en el espacio —susurró ella—. Y tú, ¿cuándo tomarás tu aerovía hacia el Oeste? Ya perdiste uno.
—No importa. Ya no pienso ir hacía el Oeste, Alana.
—No te comprendo...
—Creo que voy a volver a cierto lugar llamado Nueva City —musitó Alex—. A empezar la tarea que mis nuevas fuerzas me permitirán realizar, en favor de los que son expoliados y engañados por la vileza humana.
Se inclinó para besar de nuevo a Alana. Era el último beso. La despedida definitiva. Y casi era preferible despedirse cuanto antes.
Luego llegaría de nuevo la soledad. Una soledad en compañía del recuerdo de

un amor imposible, de la efigie de una mujer que jamás volvería, que ni siquiera había existido más que para él, como tal mujer.

* * *

Sandro Gozzard, Presidente de la Junta de Industria y Construcción de Nueva City, desde la tribuna instalada al efecto, miró altivamente al pueblo reunido en la Plaza Central, desde la tribuna instalada al efecto. Los potentes amplificadores extendieron su voz por todos los ámbitos urbanos, cuando habló ante la hilera de plateados micrófonos:

—... Y ahora, hermanos y amigos de Nueva City, ahí tenéis nuestra obra magna, el esfuerzo y el sacrificio de un grupo de honrados y desinteresados financieros, al hacernos entrega de lo que para vosotros hemos creado, que hará más bella y más moderna esta Nueva City tan nuestra, tan de todos, tan querida, desde el primero al último ciudadano.

Illio Sandro Gozzard sonrió, satisfecho, ante la salva atronadora de aplausos. Luego, señaló la mole que se inauguraba, en Plástico y cemento industrial plastificado, orgullo de la urbe ultramoderna.

— Gracias, gracias, amigos —estrechó la mano de Thor Karny, su compañero y más directo colaborador—. Es lamentable que Kaor, otro del esforzado grupo de industriales que esta gran obra alza para vosotros, no pueda estar presente hoy, en esta ceremonia, por culpa del infortunado accidente que le mantiene herido, en el Hospital. Pero estoy seguro de que, en espíritu, está aquí entre nosotros.

Sonrió, sardónicamente, aunque a la vez su mirada reflejó un nuevo reproche para el grupo de cuatro hombres, que, en función de una supuesta protección de la tribuna de los entusiasmos populares, no hacían sino actuar de guardaespaldas de los miembros de la rufianesca pandilla de financieros sin conciencia.

Eran los mismos que golpearon brutalmente a Alex Hawatt para expulsarle de allí. Los mismos que habían fingido el «accidente» contra Kaor. Sólo que ese «accidente» no resultó bien del todo y, aunque herido, Kaor vivía aún. De ahí el mudo reproche del malvado Sandro a sus compinches. Reproche que nadie sino él y Karny conocían..., así como los cuatro interesados, quienes desviaron la mirada.

Hubo nuevas aclamaciones populares. Sandro, solemnemente, se dirigió por la plataforma de Plástico que iba desde la tribuna a la construcción que iba a inaugurarse. Llevaba en su mano las tijeras de oro que servirían para cortar la cinta que inauguraría la nueva Zona Urbana de Nueva City.

Alzó la mano, con las tijeras abiertas a punto de cortar la cinta. Se volvió, dramáticamente, y los altavoces expandieron sus palabras altisonantes:

—¡Oíd, amigos todos! ¡Vuestro alcalde, Hilo Sandro Gozzard, os ofrece la contribución humilde de sus esfuerzos y los de un grupo de colaboradores entusiastas y generosos! ¡Ahí tenéis vuestro Nivel Central, hombres y mujeres

de Nueva City! ¡Con orgullo y entusiasmo, os donamos esta magna obra!
Estiró la mano y se dispuso a cortar la cinta.
De pronto, una fría voz llegó por los amplificadores, en súbita y virulenta amenaza:
—¡Alto, alcalde! Esto no puede inaugurarse. Usted y su gentuza de la Junta de Industria y Construcción saben que ese material está podrido y que todo se hundirá en breve..., cuando ustedes estén lejos, con sus millones de beneficio de las arcas municipales!
Hubo un marasmo, un silencio, un caos mudo y terrible, que hizo girar miles de cabezas hacia la tribuna, a la que un hombre alto, enjuto, con lentes, había saltado enérgicamente, surgiendo de entre la multitud reunida.
—¡Alex Hawatt! —aulló alguien—. ¡Es Alex Hawatt!...
—¡Hawatt! —rugió el alcalde. Le señaló, lívido, con las tijeras de oro—. ¡Prendedlo! ¡Está expulsado de Nueva City! ¡Le declaro, pues, fuera de la Ley!...
Los cuatro guardaespaldas, tras un momento de estupor, se movieron hacia Alex. Pero éste aferrado a un micrófono, siguió gritando:
—¡Yo acuso a filio Sandro Gozzard, a Thor Karny y a toda la Junta de Industria y Construcción, de malversación de fondos públicos para esa obra, de utilización de materiales in- lames, de robo y engaño! ¡Yo acuso a esos ediles de que esta Zona Central no es segura, de que su material se resquebraja! ¡Y de que un día causará miles de víctimas!
— ¡Miente! —rugió Karny, el padre de Elma, señalándole—. ¡Prendedle! ¡Tendrá que responder de calumnias y vilezas sin fin! ¡Arrestadlo! ¡Y si se resiste, hacedlo por la fuerza! ¡Es un loco peligroso, un maníaco que pretende hundirnos!
Los guardaespaldas lo rodearon. Dos saltaron a la tribuna. La figura enjuta, alta y débil de Alex Hawatt aparentaba ser fácil presa para ellos. A pesar de todo, Alex parecía dispuesto a resistir por la fuerza. Sandro sonrió cruelmente. Y su gesto a los esbirros era claro: «Aplastadle ante todos», decía sin palabras.
Los rufianes sonrieron vilmente, rodeando a la fácil víctima que les ofrecían. Uno estiró la mano, arrancó las gafas a Alex, las tiró al suelo y pisoteó, riendo. La gente asistía a la escena, muda de estupor, ignorando las razones de aquel loco larguirucho para enfrentarse violentamente a las autoridades.
Alex se había dejado quitar las gafas. Luego, enarboló sus puños con torpeza. Uno de los guardaespaldas le atacó en tromba, dispuesto a aplastarle la cara a golpes. Descargó dos mazazos en la cara enjuta de Alex, pero su sorpresa fue enorme al notar que no le hacía nada. Era como pegar en madera o en metal.
Volvió a la carga, ahora con su compinche más cercano. Pero Alex replicó súbita, violentamente. Un martillazo brutal de su derecha alcanzó a uno de los esbirros. Sandro Gozzard parpadeó, estupefacto.
El cuerpo del enemigo de Alex saltó hacia atrás, con el rostro bañado en sangre. Su compañero, atónito, no reaccionó a tiempo, aunque tampoco le

hubiera servido de nada. Dos mazazos de zurda y derecha de Alex hicieron saltar atrás al otro, le derribaron por encima del parapeto de la tribuna y lo estrellaron «abajo, aunque para entonces ya tenía la nariz rota y la boca desdentada y sangrante.
Los otros dos atacaron por la espalda, con la resolución de terminar de una vez con Alex. Pero los resultados fueron muy otros. Alex Hawatt parecía un titán, un auténtico ciclón, derribando obstáculos ante sí.
Al girarse, sus puños machacaron, en sucesión relampagueante, los rostros de sus contrarios, que salieron como peleles, con los huesos rotos por aquellos impactos que parecían hechos por nudillos de acero.
Al final, Alex se quedó solo en la tribuna. El silencio estupefacto, en torno suyo, se hizo tenso, asombroso. Nadie daba crédito a lo que estaba viendo. Ni nadie admitía como posible que el débil investigador científico que era Alex Hawatt hubiera terminado, en escasos segundos, con cuatro fornidos esbirros.
Después el alcalde Sandro gritó señalándolo, lívido de ira y decepción:
—¡Dése preso, Hawatt, o será peor! ¡Ha de responder de muy graves cargos! ¡Nos ha acusado injustamente, y eso tiene una pena legal, Hawatt! ¡Entréguese... o mandaré que disparen sobre usted!
Alex Hawatt lo miró fríamente. En vez de responder, avanzó rápidamente hacia la construcción Plástica de la nueva Zona. Y súbitamente, hizo algo que enmudeció de asombro a todos y detuvo a los agentes armados de la policía local.
Alzó su puño y descargó un mazazo espectacular en uno de los pilares Plásticos de la gran edificación de pistas elevadas. Ocurrió lo inverosímil, lo que hizo parpadear, mortalmente pálido, a Sandro Gozzard, y lanzar una imprecación de horror a Karny. Un revuelo de angustia se extendió por entre los hombres de la Junta de Industria y Construcción.
¡El Plástico durísimo, que se suponía capaz de soportarlo todo..., se había resquebrajado como si fuese cera, bajo el golpe violento de Alex Hawatt!
—¡Mirad! —aulló Alex—. ¡Ahí tenéis la obra de vuestros dirigentes! ¡Todo es mentira! ¡Su lucro ha sido el que ha creado esta infamia que se derrumbaría en escasas semanas, causando centenares de víctimas! ¡Los materiales son malos, están podridos o defectuosos, pero ellos los utilizaron, guardando millones en sus bolsillos! Mirad... ¡Mirad cómo huyen los que hace poco aseguraban ser vuestros benefactores!
Señalaba a Sandro, a Karny, a los demás, que ya emprendían la fuga, para evitar ser linchados por la enfurecida multitud. Sin embargo, Alex Hawatt no les dejó llegar muy lejos. Dando unas zancadas increíblemente largas, lanzóse en una carrera frenética en pos de los que huían.
Les dio alcance y los aferró por los cuellos, haciendo entrechocar sus cabezas violentamente. Luego, un reparto de violentos martillazos con sus puños arrojó a los enemigos, a los viles financieros, uno contra otro, como muñecos inarticulados. Rodaron por el suelo y las gentes se movieron amenazadora mente hacia elfos.

Pero Alex Hawatt les detuvo con un gesto enérgico, alzando sus manos en alto.
—¡Esperad! —gritó—. ¡Esperad todos! ¡No se resuelven por la fuerza, ni por la violencia los problemas de una comunidad! La vileza de esa gentuza ha sido descubierta y hoy sabéis ya el engaño que iban a haceros. Se demolerá ese Nivel y se construirá otro, seguro y digno de vosotros. Pero no debéis linchar a estos seres despreciables... Esperad a la Justicia Internacional, que caerá sobre ellos acusándolos de un horrible delito, como es el de intentar lucrarse, provocando cientos de víctimas con sus infames operaciones financieras. Dejad a la Justicia esa labor... y volved a vuestras casas. Al menos, en Nueva City se han terminado las injusticias y las cobardes mentiras de un grupo de asesinos y de ladrones.
Sandro Gozzard, Karny y los demás se vieron rodeados por la policía uniformada. El jefe de policía local Dabb Tyler, también estaba ahora vigilado por sus más cercanos subordinados, ya que todos sabían que Tyler era incondicional de Sandro y sus procedimientos.
Alex, sonriente, los miró a todos. Allí empezaba la verdadera justicia en Nueva City. Ellos nunca sabrían que se la debían a la llegada de unos seres de otro planeta, que ya estaban lejos de la Tierra y que habían dotado a un ser físicamente débil, pero grande en moral y en honestidad, de la fuerza física precisa para cumplir lo que de otro modo jamás hubiera sido posible hacer.
Ahora, los seres del espacio estarían ya muy lejos. Y en una ciudad, Plastic City, la gente, tras un sueño colectivo, despertaría sin tener la menor idea de lo sucedido e ignorarían siempre que sobre sus edificios se alzó, por una noche, una mágica ciudad espacial, donde la vida y la muerte jugaron una baza decisiva, del brazo del destino de unos pueblos que nunca conocerían.
Alex Hawatt recibió felicitaciones y abrazos. Kenneth, su antiguo ayudante, fue hacia él, abrazándole. Alex le devolvió el abrazo con alegría. Luego, mirando a los presos, declaró en voz alta:
— Creo que hay un hombre honrado y fuerte en Nueva City que podrá regir después vuestros destinos. Buscad a Kaor, el hombre que estuvo a punto de ser víctima de los manejos criminales de esos canallas. El es honrado y noble. Con él, iréis hacia arriba, amigos.
La gente le aclamaba, pero Alex no se preocupaba por eso. El bien estaba hecho. Ahora sería preciso ir a otros lugares. Seguiría fingiéndose débil. Para conocer el mal y extirparlo. Se lo había prometido a Alana.
—Alana... —miró al cielo, azul y esplendoroso—. Dios sabe dónde estás ahora.
Una mujer lo miró, desde un distante balcón. Alex cruzó su mirada con la de ella. Era Elma Karny, la mujer que fue incapaz de amar de verdad, de ser leal y noble hasta el fin. Alex le sonrió dura, amargamente. Ella, despacio, se alejó del balcón y desapareció. Había visto la caída de su padre, la de un estado total de vilezas... Y comprendía que Alex, el triunfador, no guardaba hacia ella el menor cariño.

Alex, lentamente, se alejó del centro de la ciudad, rehuyendo las aclamaciones y gritos en su favor. Había vuelto a Nueva City y había hecho resplandecer la verdad. Eso era lo importante. La única ilusión en su vida, tan vacía ahora...

CONCLUSIÓN

Estaba en la campiña, ya en los lindes de la ciudad moderna, blanca y hermosa.

Solo de nuevo. Solo bajo el manto, azul y límpido, del día. Ahora no brillaban las estrellas. Pero no importaba; estaban allí. Y en una de ellas, remota e ignorada, había una mujer. Una criatura cuya forma original ignoraba, pero a la que había conocido con ojos violeta, con cabello violeta... Una mujer hermosa y única, a quien perdió para siempre, a la que jamás volvería a ver...

—Alex... Alex, mi vida,..

Así sonaba su voz. Así era el timbre melodioso y suave de su voz. Era como oírla aún. Como si un soplo de aire eterno, llegando desde los astros, trajera su eco hasta él.

— Alex, amor mío... Es imposible vivir sin ti, después de habernos encontrado...

Su voz... ¡Su voz!

Lentamente, se volvió. No, no era el eco. No era un sonido espacial, traído por vientos cósmicos imposibles. No era imaginación, ni recuerdo...

Era ella.

Estaba allí. Erguida ante él. Vestida como cualquier otra mujer... Con su cabello violáceo, con sus ojos violeta, mirándole intensamente igual que en la extraña metrópoli llovida de los cielos nocturnos»

—¡Alana! —gritó roncamente, en un sollozo. Temía que la visión se desvaneciera. Pero no; continuaba allí. Era ella, ella» Y no era una alucinación. Se acercó, repitiendo—: Alana..., tú...

Ella le miraba. Asintió suavemente, como en el momento en que aún no sabía hablar.

—Sí, Alex, yo. He vuelto.

—Has vuelto... Oh, no... No parece posible...

—Es posible, Alex. No podía estar sin verte.

—Alana, mi vida... —extendió las manos. Ella también. Se encontraron, se oprimieron. Un escalofrío les recorrió a ambos—. Pero ahora..., ¿para cuánto tiempo?

—Para el resto de nuestras vidas, Alex. Hasta que la muerte nos separe, como vosotros decís.

—¡Alana! —un júbilo violento estalló en él —. ¡Oh, no..., no es posible!...

—Sí, Alex. Elegí mi camino. Mi gente me obligó a hacerlo. Dijeron que era lo justo. Y ahora pueden valerse por sí solos. El enemigo eterno desapareció gracias a ti. Han vuelto a Zeex. Solos. No me necesitaban y me dieron

libertad. Alex, tú sabes que si la luz de vuestro so! me tocaba, perdía todas mis virtudes. Ya no sé leer pensamientos, ya no soy un ser diferente..., sino una mujer como todas...

—Más maravillosa que todas, Alana.

—Y tú... tú me aceptas, ¿verdad? Tal como yo soy. No era solamente una ilusión de la noche de mi lejana procedencia, de las circunstancias en que nos encontramos.

—Alana, hubiera dado mi vida por estar un solo minuto a tu lado. ¡Y tú te quedaste, tú elegiste la vida conmigo!

—Sí, Alex. Es la más hermosa que puedo desear —le sonrió dulcemente—. Me gusta tu mundo. Me gustas tú. Y me gustará vivir aquí, tener hijos... que serán como tú y como yo, seres humanos corno yo soy ahora. Y envejecer a tu fado, llena de felicidad.

—Alana, vida mía —la rodeó con sus brazos y sus Sabios se unieron intensa, cálidamente—. Afana... Bendita sea la circunstancia que te trajo hasta mí y bendita la extraña ciudad en que te encontré.

—Alex...

—Ahora, nada ni nadie podrá ya separarnos. Este sí que es un bello final. El final de todo lo oscuro, de todo lo terrible que hubo en nuestro encuentro.

—Sí, querido. El final de todo aquello... y el principio de algo maravilloso.

FIN